

BB

YO MORI EL AÑO PASADO

keith luger

YO MORI EL AÑO PASADO

KEITH LUGER

YO MORI EL AÑO PASADO

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 18104 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 2369/62

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
767 — La esclava de Fort Chanan.

En Colección BUFALO:
451 — El terremoto de Rock Hill.

En Colección SERVICIO SECRETO:
630 — Ella pendía de una soga.

En Colección PANTERA:
76 — El hombre de Menphis.

En Colección CONGO:
23 — Rebelión en Argelia.

En Colección TEXAS:
312 Con el nombre de otro.

En Colección CALIFORNIA:
297 — El buscavidas.

En Colección COLORADO:
257 — Exploradores en el valle.

En Colección KANSAS:
224 — La escoria de Sam Ruggles

En Colección ASES DEL OESTE:
166 — Un *gun-man* bueno.

En Colección BRAVO OESTE:
81 — Campanas de funeral.

En Colección PUNTO ROJO:
19 — Intrusión en el asesinato.

Yo morí el AÑO PASADO

por KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

David Fletcher penetró en la comisarla de Centerville.

El agente Oswald True, que atendía la centralilla, hizo un saludo con la mano al que Fletcher correspondió de la misma forma.

En un banco había dos hombres con aspecto de vagabundos. Al parecer, los dos estaban acostumbrados a aquellas situaciones porque adoptaban un aire completamente natural.

Un agente, que debía de ser nuevo, estaba de pie junto a los dos vagabundos, esperando turno para entrar en el despacho del teniente Sand.

Fletcher se dirigió a la mesa tras la que se encontraba el sargento Mark Yogel consultando unos papeles.

—Buenos días, Mark.

—Hola, David.

—¿Puedo ver al capitán?

El sargento consultó su reloj.

—Tendrás que darte prisa. Lo ha llamado el Comisionado y ha de acudir a su despacho del Ayuntamiento dentro de quince minutos. ¿Algo importante?

—No, nada. Solo para saludarle.

—El “húngaro”, ¿eh? —sonrió el sargento con ironía.

A Fletcher le desagradaba que el sargento llamase así a Tony, su empleado.

—No te es simpático, ¿eh, Mark?

—En absoluto.

—¿Por qué?

Yogel se golpeó los blancos dientes con el extremo de un lapicero.

—Tengo un sexto sentido para olfatear a la gentuza. ¿Te sirve la respuesta, David?

—Tony es un buen chico. Se ha comportado con decencia desde que apareció por Centerville y se puso a trabajar conmigo.

—Solo ha transcurrido un año desde entonces. Según mis cálculos, madurará dentro de muy poco.

—¿Qué quieres decir?

—Tú serás el primero en lamentarlo.

David Fletcher sonrió.

—No tienes confianza en nadie, ¿eh, Mark? Nunca la has tenido.

—Es mi profesión.

—No. Creo que no es ese el motivo —dijo Fletcher y caminó hacia la puerta con panel de vidrio sobre el que aparecía grabado el nombre del capitán de policía: Charles Greene.

Se introdujo en el despacho.

Charles Greene estaba hablando por teléfono.

—El Departamento agradece su sacrificio, señora Mortimer… Desde luego, señora Mortimer, prestaremos toda nuestra colaboración… Hasta mañana, señora Mortimer…

Dio un resoplido y quedóse mirando a Fletcher.

—Si de mí dependiese, suprimiría ese baile a beneficio de la policía. Obtenemos menos ingresos que disgustos. Imagínate, es la quinta vez que me llama en esta mañana. Ahora quiere geranios, tiestos de geranios para inundar el vestíbulo… ¿Quién le habrá dado la idea?

Fletcher ocupó un sillón de cuero.

—¿Alguna novedad, Charles?

—Oye, la última vez que viniste aquí, y fue hace dos semanas, quedamos en que no hablaríamos más del asunto. Empleé ya mucho de mi tiempo en tratar de establecer la identidad de ese empleado tuyo.

—Lo hago por él, Charles.

—Muy bien. Lo haces por él, pero nuestras gestiones no han dado resultado. Infiernos, he gastado una buena cantidad del dinero de los contribuyentes investigando acerca de quién pueda ser ese muchacho. Cartas, conferencias, oficinas de personas desaparecidas de casi todo el país, ficheros de la policía… Ese tipo no consta en ninguna parte, nadie se ha interesado por él. Su desaparición ha pasado inadvertida. Sí, ya sé, es muy extraño todo. No es posible que un hombre de veintiocho años aparezca de pronto en una ciudad cubierta la cabeza de sangre, herido, sin que él mismo sepa quién es y que luego, al hacer las investigaciones

oportunas, nos encontremos conque para nosotros es como si hubiese venido de Marte. Pero esa es la realidad, David... Ese muchacho nació el día que llegó aquí. Tú le llamaste Tony y se acabó. Eso es todo.

Fletcher dio una cabezada.

—Está bien, Charles.

—En serio, David, déjalo ya.

—Yo lo dejaría, pero se trata de él.

—¿Qué pasa con él?

—Siempre está serio. Ponte en su lugar. ¿Quién es él? ¿De dónde venía? ¿Está casado? ¿Tiene hijos? ¿Quién es su mujer? ¿En qué se ocupaba él antes...? Infiernos, aparenta tener unos veintisiete o veintiocho años. ¿Te das cuenta, David? Ha vivido veintiocho años en este mundo, él tenía una personalidad. ¿Qué clase de vida ha sido la suya...? ¿Qué hay de sus padres?

El capitán Greene se echó en el respaldo del sillón y apretóse la frente con la mano derecha cerrando los ojos.

—Sí, David, me hago cargo —abrió los párpados mirando con sus ojos grises a Fletcher—. Pero nosotros no podemos contestar a ninguna de esas preguntas. Lo intentamos y hemos fracasado. Ese Tony es un chico con buen físico. Sé que hay muchachas que se darían por satisfechas si él les dedicase unos momentos.

—Huye de ellas.

—Sí, también lo sé. Pero eso le pasará. Se irá acostumbrando poco a poco.

—Ha transcurrido un año y sigue lo mismo que entonces.

—Todo es cuestión de tiempo —dijo Greene yendo al lado de Fletcher a quién tomó del brazo. Se echó a reír—. Bueno, después de todo, para él ha podido ser una suerte. Imagínate. ¿Quién no te dice que tenía una condenada suegra que no lo dejaba en paz ni un momento? ¿Por qué no imaginárselo con una esposa infiel...? Tony tiene motivos para sentirse satisfecho.

Echaron a andar hacia la puerta.

—No te preocupes más. De todas formas, si llegase alguna noticia, tú serías el primero en saberlo.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Fletcher salió de la comisaría encaminándose hacia el lugar adonde había estacionado el coche.

En el camino hacia su negocio pensó en lo que no había dicho al capitán Greene ni a ningún otro policía. Realmente, ese era el motivo por el cual estaba preocupado con respecto a Tony. Había ocurrido dos semanas antes Su caja de caudales era un viejo modelo. Muchas veces se había dicho que debería cambiar la caja, comprar otro modelo más nuevo, pero siempre lo estaba dejando porque, en realidad, le tenía cariño. La caja de caudales era lo único que le quedaba de su época de lucha. El

mecanismo se había estropeado. Albert Beecher, su contable, no la había podido abrir. Hizo la combinación tres o cuatro veces, pero siempre fracasó. Tony entró causalmente en la oficina para cambiar un billete grande. Observó un rato cómo Beecher manipulaba sin ningún éxito en la caja y de pronto, había dicho: "Déjeme un momento, Beecher". Tony se puso en cuclillas ante la caja y quedósela mirando unos instantes, y mientras hacía su examen se frotaba las manos. De pronto aplicó su mano derecha, hizo dos o tres movimientos... y la puerta quedó abierta. Luego Tony se había levantado y quedádose contemplando sus dedos. Él, David, había interrumpido aquel silencio dándole el cambio del billete.

Ese había sido el suceso.

No, no se lo había contado a nadie y ahora se dijo que el sargento Mark Yogel se habría alegrado mucho de haberlo sabido. Mark era un bicho raro, un tipo que desconfiaba de todo el mundo.

Al llegar a la estación de servicio, vio a Tony manipulando con unos barriles.

Hizo sonar el claxon y Tony levantó la cabeza.

—¿Alguna novedad, chico? —preguntó Fletcher saltando del "Ford".

—Llamó Paul Bertrand, el arquitecto. Dijo que pasará mañana para enseñarle los nuevos planos.

Fletcher sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente mientras contemplaba la estación.

—Está vieja, ¿eh, Tony?

Tony entornó los ojos.

—Me gusta —dijo.

Medía uno setenta y tres de talla y era fornido, de cabello rubio cortado al cepillo, rostro de facciones duras, ojos de un color azulado. Resultaba simpático aunque parecía muy serio.

Fletcher le palmeó el brazo encaminándose hacia la oficina.

—Te gustará más la nueva estación.

—No estaré aquí para entonces.

Fletcher se detuvo y volvióse hacia él.

—¿Qué te pasa, Tony?

—He decidido marcharme.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Esta noche.

—Ya entiendo. Me di cuenta de que estabas despierto.

Sí, aquella noche, Fletcher, se había quedado hasta muy tarde en la oficina. Había destinado a Tony una habitación en el piso de arriba. Varias veces, durante la noche, oyó gemir el somier. Al principio, pensó que Tony podía tener una pesadilla y estuvo a punto de subir para despertarlo, pero más tarde oyó sus pasos.

—¿Es por lo de siempre, Tony?

—¿Qué otra cosa puede haber?
—Precisamente vengo de hablar con Charles Greene.
—¿Qué le ha dicho?
—Lo mismo.
—Bueno, lo haré por mí cuenta.
—¿Qué es lo que vas a hacer por tu cuenta?
—Quiero saber quién soy… Quién era antes de llegar aquí…
—Oye, muchacho —Fletcher se acercó al joven y le puso la mano en el hombro—. Te he observado las últimas semanas… Estás más intranquilo que nunca. Durante unos meses llegué a creer que te habías acostumbrado a tu nueva vida. Tú ya sabes que he hecho todo lo posible por dar con una pista y el capitán Greene nos ha prestado su ayuda.
—Lo sé. Estoy muy agradecido a usted y al capitán Greene.
—¿Por qué de pronto te has sentido interesado?
—Nunca he perdido el interés por conocer mi historia.
—Fue con aquel incidente, ¿verdad? Lo de la caja de caudales.
Tony inspiró profundamente.
—Sí.
—¿Qué piensas de ello?
Tony se miró las manos.
—Mis dedos son demasiado hábiles.
—Al diablo. Aquello fue casual.
—No, Fletcher. No ha sido casual —sonrió con amargura mirando la oficina—. ¿Sabe cuántas veces lo he hecho?
—¿Qué?
—He abierto tres veces la caja de caudales estando usted ausente.
David quedó perplejo.
—Sí, señor Fletcher. Eso es lo qué he hecho. Parece increíble, ¿verdad? Basta que acerque mis manos al dial para sentir que la sangre corre por mis venas… Todos mis sentidos se alertan. Me resulta fácil… condenadamente fácil.
—Bueno, eso quiere decir que habrás trabajado en una oficina donde tendrían un modelo como ese.
—También podría trabajar en la fábrica donde las hacen, ¿verdad, señor Fletcher?
—Sí, Tony.
—Ya puse una conferencia al pueblo de Montana donde las fabrican. Di mi descripción al jefe del personal. No, allí no me conocen.
—Quizá has sido un artesano que ha empleado sus dedos para hacer aparatos complicados. Hay un sinfín de industrias donde trabajan hombres que precisan habilidad en las manos.
—También he podido ser un ladrón, un salteador.
—Eso es absurdo, Tony.

—¿Por qué va a ser absurdo? Ande, dígame, ¿cómo llegué aquí? Eran las once de la noche cuando usted me vio arrastrándome hacia esa oficina. ¿Venía de la carretera, no?

—Sí.

—Estaba lleno de sangre, me habían golpeado en la cabeza. Usted salió y yo perdí el sentido. Los bolsillos de mi traje estaban vacíos, mi ropa no tenía una sola marca de la tintorería, hasta faltaba el nombre que indicase dónde había comprado mis zapatos o mi traje. Usted me metió en el coche y me llevó al hospital. Allí fui auxiliado por los doctores, se presentó la policía pero cuando desperté no pude decirles nada. Era como un recién nacido. Ellos empezaron a investigar, pero no encontraron nada. Los diarios dieron publicidad al caso pero tampoco sirvió para que yo pudiese saber siquiera cuál era mi nombre. Luego usted me sacó de allí y me trajo a esta estación de servicio. Hizo mucho por mí, señor Fletcher. Se lo agradezco. No sé si tengo padre, pero estoy seguro de que usted ha hecho tanto por mí como él. Ahora no puedo resistirlo más, señor Fletcher. Ese incidente de la caja de caudales, fue gota que hizo rebasar el vaso.

—¿A dónde vas?

—Á Nueva York.

—¿Por qué a Nueva York?

—Está solo a quince millas de aquí y es una ciudad con ocho millones de habitantes. Según las estadísticas centenares de personas desaparecen de Nueva York todos los años sin dejar rastro. Curioso, ¿eh? Yo puedo ser una de esas personas, pero, por una u otra razón, nadie me ha echado de menos. Sí, señor Fletcher yo puedo ser una de las 815 personas que desaparecieron durante el último año de Nueva York… ¡Y yo sí quiero que se encuentre rastro de mí…!

Hubo un silencio entre los dos hombres.

—Está bien, Tony. Puedes hacer lo que quieras. Solo te digo una cosa. Aquí siempre encontrarás un puesto.

—Gracias, señor Fletcher.

En aquel momento llegó un coche desde la carretera. Era un descapotable color cremoso que tripulaba una joven de cabello negro.

—Ahí tienes a Shirley —dijo Fletcher—. Atiéndela, por favor.

Tony emitió un gruñido.

—Buenos días —saludó la joven desde el asiento delantero—. ¿Quieres llenarme el tanque, Tony?

—¿Cómo está tu padre, Shirley? —preguntó Fletcher.

—Perfectamente. Me dio recuerdos para usted antes de salir para Nueva York. Dice que tiene ganas de ir al río para desafiarle, Fletcher.

David rio.

—Ya puedes contestarle que aquí lo espero —se fue a la oficina.

Tony terminó de llenar el tanque y enroscó la tapa, Shirley pagó el

importe y Tony buscó el cambio en la cartera.

—Tony...

—¿Sí, señorita Peterson?

—El sábado próximo se celebra el baile anual a beneficio de la policía.

—He oído hablar de ese baile. Espero que se divierta.

—Tony le devolvió el dinero.

—Yo también espero divertirme... contigo.

—¿Cómo dice, señorita Peterson?

—Te he elegido como pareja.

Tony frunció el ceño.

—Lo siento, señorita Peterson, pero me temo que no podré ir.

—¿Por qué?

—He resuelto marcharme de Centerville. Lo haré esta noche.

—Oh, Tony, ¿por qué te vas?

Tony se encogió de hombros.

—Me cansé un poco de esto.

Shirley había cumplido hacía poco los veintitrés años de edad, era esbelta y poseía un cuerpo bien formado, de curvas sugestivas. Sus ojos eran de un negro azabache, nariz recta y labios muy rojos.

—¿Qué es lo que tienes contra Centerville, Tony?

—Nada en particular. Se trata de mí. Quiero ver un poco de mundo.

—¿Es esa realmente la razón?

—Sí, señorita Peterson.

—Quedamos en que me llamarías Shirley.

—Perdone, a veces se me olvida.

La joven dio un suspiro.

—Bueno, creo que eres uno de esos hombres difíciles de persuadir cuando toman una decisión, ¿verdad, Tony?

—Sí, Shirley.

—Habían pensado que tú y yo... Bueno... Ya nos veremos alguna vez, ¿verdad, Tony?

—Seguro.

—Te deseo mucha suerte.

Shirley le tendió la mano y él se la estrechó. Se quedaron mirando un instante y al fin ella, puso en marcha el motor.

El descapotable viró en redondo y se marchó por la carretera hacia Centerville.

Tony se dedicó a su trabajo.

Estuvo muy atareado toda la mañana.

Hacia las doce y media, Fletcher salió de la oficina.

—Eh, Tony, vete al bar a comer.

El bar formaba parte de la estación y estaba atendido por Sofie Elsworth, una mujer de unos cincuenta años que pesaba cerca de cien

kilos, y su marido Forly, un tipo simpático, a quién Sofie tenía que atar corto porque, apenas se descuidaba, ya estaba pegando la hebra con la clientela.

Tony entró en el bar.

En una mesa había dos camioneros comiendo.

Pasó por el hueco del mostrador y entró en la cocina, donde Sofie se afanaba ante el hornillo eléctrico.

—¿Cómo va eso, Sofie?

—¿No has visto a mí marido?

—No.

—Se marchó a la ciudad y todavía no ha regresado. Me dijo que se tenía que cortar el cabello en la barbería. Cada vez que va invierte seis horas… ¿Conoces a alguien que pueda soportarlo?

—Sí, Sofie. Tú —sonrió Tony.

Sofie también le había tomado cariño. En cuanto se hiciese de noche, se despediría de Fletcher, tomaría la valija que había comprado y se largaría a Nueva York. Ese era su plan.

Ocupó una silla junto a la mesa.

—¿Un bistec con patatas? —sugirió Sofie.

—Sí.

—También hay pierna de cordera.

—Prefiero el bistec.

Sofie salió de la cocina para servir a los camioneros. Cuando regresaba se puso a sonar el teléfono y fue a atenderlo.

—¿Tony?… —la oyó decir por el micro—. Sí, está aquí… ¡Eh, Tony!

—¿Quién es?

—No lo ha dicho, pero quiere hablar contigo. Dice que es urgente.

Tony dio un suspiro.

—Tendré que echar mano a la grúa. Alguien que quiso correr demasiado aprisa por la carretera.

Sofie le cedió el auricular.

—¿Sí?

—¿Tony?

—Desde luego.

—Hola, chico.

—¿Quién está ahí?

—Milton Wally.

—¿Milton Wally? Perdone, no le conozco.

—Claro que me conoces, Mike.

Sintió un estremecimiento.

—Me temo que se equivoca, Milton. No soy Mike. Mi nombre es Tony —lo dijo pausadamente, sintiendo que la garganta se le había resecado.

—No, muchacho. Tú no eres Tony, sino Mike, Mike Baynard.

CAPÍTULO II

Tony retuvo el aire en sus pulmones…

—¿Sigues ahí, Mike? —oyó al hombre que estaba al otro extremo de la línea.

—Sí, señor Wally.

—Eh, muchacho, deja ya de protocolo. Llámame Milton, como siempre.

—Quiero verlo, Milton.

—Qué gran idea —rio Wally—. Yo también quiero verte a ti, Mike.

—¿Le parece bien esta noche?

—Seguro, muchacho.

—¿Desde dónde llamas?

—Nueva York.

—Prefiero verle allí.

—Magnífico, Mike. Te lo iba a proponer.

—Dígame dónde y la hora.

—Bar Joe, calle Eldridge, Bowery… a las siete.

—Sí, Wally.

—Hasta luego, muchacho.

—Eh Milton —dijo Tony rápidamente—. No lo conozco a usted, quiero decir, que no lo recuerdo.

El otro rio otra vez por el cable.

—No te preocupes, Mike. Yo daré contigo.

Enseguida colgó.

Tony permaneció un rato inmóvil con el micro junto a la cara. Luego lo dejó en la horquilla con un lento movimiento.

Entró en la cocina y ocupó la silla de antes. Sofie le puso delante el plato con el bistec y las patatas.

—No tengo apetito.

—Eh, ¿qué te pasa, Tony? Has de comer. Hace dos semanas que apenas pruebas bocado y un chico como tú, si quiere gustar a las muchachas, ha de estar fuerte.

Intentó comer, pero le resultaba muy difícil tragar. Al fin dejó el bistec y se puso en pie.

—Hasta luego, Sofie.

—Tengo pastel de manzana.

—Quizá lo pruebe a la noche.

Vio a Fletcher a través de la vidriera de la oficina. No, no hacía falta que se lo dijese. Se detuvo junto a la puerta.

—Eh, señor Fletcher, suspenderé de momento mi marcha.

—Magnífico, Tony.

—Pero quisiera llegarme a Nueva York esta tarde. He de comprar algunas cosas.

—Sí, Tony. Freddy ocupará tu puesto. No tienes que preocuparte.

—Quizá regrese tarde.

—Me parece bien. Ya que estás allí, diviértete un poco.

Tony le dio las gracias y volvió a ocupar su puesto.

No pudo apartarlo de su mente durante las horas siguientes. Ya conocía su nombre, Michael Baynard, y los amigos lo llamaban Mike.

“Te llamas Mike. Ese es tu nombre. Tienes que recordarlo. Anda, Mike, haz un pequeño esfuerzo… Has de acordarte de Milton Wally. Él era tu amigo. Seguro que la corristeis muchas veces juntos. Te ha hablado con mucha confianza… Lo conoces, Mike”.

Pero era inútil. No servía de nada…

A las cinco subió a su habitación se lavó y se puso su traje nuevo, el gris que había comprado en Centerville tres meses antes, camisa blanca, corbata azul y zapatos de color. Se peinó frente al espejo y, mientras miraba su propia imagen sus labios pronunciaron el nombre una y otra vez. Mike…

Cuando bajó, David estaba fumando un cigarro junto a la escalera.

—Anda, llévate mi coche.

—No es necesario. Tomaré el autobús.

—Llévatelo.

—Está bien.

—¿Tienes dinero?

—Caramba. Se me olvidó. Hizo bien en recordármelo.

—Toma —le dio un fajo de billetes—. Es tu parte en los beneficios del último mes.

—Tengo dinero arriba.

—Cógelo. De todas formas, es tuyo.

Tony aceptó el fajo de billetes y lo guardó en el bolsillo.

Montó en el coche y poco después echó a correr por la carretera en dirección a Nueva York.

Faltaban quince minutos para las siete cuando llegó ante el bar de Joe. Permaneció un rato en la acera, el humeante cigarrillo entre los labios, observando la fachada del local. Había mantenido la esperanza de que al verlo le hiciese recordar algo, pero no, su mente seguía en blanco.

Empujó la puerta y se coló dentro.

El salón era muy profundo y había un corredor con reservados, separados unos de otros por paneles de madera.

Ante el mostrador había taburetes, algunos de los cuales estaban ocupados.

Atendían la barra dos mozos, uno rollizo de bigote espeso y grandes

bolsas bajo los ojos, y un muchacho de largas patillas y nariz aguileña.

Tony permaneció un rato en la esquina del mostrador para que lo viesen bien desde todas partes y luego ocupó un taburete.

El hombre de las bolsas bajo los ojos se acercó por el otro lado.

—¿Qué va a tomar?

—Whisky.

Mientras escanciaba le dijo:

—¿No me recuerda?

—¿A usted? —el mozo frunció el ceño—. No, no lo he visto nunca. ¿Tenía que recordarlo?

—Perdí la otra noche algo en un bar de este sector —dijo Tony a manera de excusa—. Estaba un poco borracho.

—Aquí no fue.

—No le dije lo que perdí.

—No importa. No lo perdió en mi bar.

El tipo dio media vuelta y se alejó de aquel lado de la barra.

Tony bebió el *whisky* pausadamente.

De pronto, sintió que alguien le tocaba el brazo.

Giró bruscamente viendo ante sí un rostro que le sonreía. Era una sonrisa desagradable, en una fea cara de frente estrecha, ojos hundidos en las órbitas, muy brillantes, labio superior como el de un conejo, y boca pequeña.

—Hola Mike.

—¿Milton?

—Claro que sí, muchacho. ¿Es que me vas a decir que no te acuerdas de mí?

Tony movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Milton. No me acuerdo de ti —decidió tutearlo.

—Anda, vámonos.

—¿A dónde?

—Te has vuelto muy preguntón —repuso Milton y siguió sonriendo. Se cubría con traje oscuro y sombrero de fieltro.

Tony pagó el importe de su *whisky* y salió con Milton a la calle.

—Anda, Mike, vamos en tu coche.

—¿Cómo sabes que traje un coche?

Milton se echó a reír.

—Te encontré en aquella estación de gasolina.

—No te vi por allí.

—No quería que me vieses… Fue hace cosa de tres días. Me hacía falta gasolina y me acerqué a la estación que había al lado de ese pueblo, Centerville. Y de pronto, ¿a quién veo? Al mismísimo Mike. Sí, a Mike Baynard sirviendo aceite a un automovilista. Me quedé de piedra, muchacho. No sé cómo tuve serenidad para pisar el pedal del freno. Estaba

todavía un poco lejos y tú no me viste.

—Si te hubiese visto, habría sido lo mismo.

—Sí, pero de eso me enteré luego… Me fui de allí, ¿sabes? A la ciudad. Encontré a un agente que a cambio de un cigarrillo me soltó muchas cosas. Naturalmente tuve que preguntarle y entonces me contó la historia del bueno de David Fletcher que acogió a un hombre que llegó herido a su estación sin acordarse de quién era… Así lo supe todo.

Habían llegado al automóvil que pertenecía a Fletcher.

—Buen coche —dijo Milton, golpeando en el guardabarros—. Pasé por aquí cuando me dirigía al bar y por eso supe que lo habías traído. Ya había visto a tu patrón con él.

Luego dijo dónde tenían que ir. Era un edificio de departamentos en Manhattan, en la calle Leonard.

—¿Vives aquí? —preguntó Tony.

—¿Pero es que no te acuerdas?

—No.

—Te has tomado demasiado en serio eso de la amnesia. ¿Se dice así?

En el vestíbulo, había un rimero de plantas tropicales.

Subieron en el ascensor a la tercera planta.

Milton hizo un guiño a Tony, lo llevó hasta la puerta 24 y apretó el pulsador.

Se oyó un zumbido en el interior y poco después se abrió la puerta.

Tony vio a una rubia de muy saludable aspecto. Se cubría con un pijama de pantalones ceñidos y blusa suelta. Poseía mejillas hundidas y hociquín saliente. Los ojos de ella, verdosos, lo observaron a él con detenimiento.

—Has cambiado muy poco, Mike. Solo estás más delgado.

Milton pasó por delante de la rubia.

—Anda, déjalo entrar, Lina.

—¿No muerde? —murmuró la joven.

Tony pasó por junto a ella sin decir nada.

En el *living* había un hombre sentado en un sillón. Estaba por los cuarenta años y era carirredondo, nariz como la de un búho y boca de labios gruesos. Tenía las piernas cruzadas, y no se movió una pulgada al entrar Tony. Ni siquiera lo miró porque se estaba observando el zapato derecho, como si hubiese notado una mancha pero eso era imposible porque brillaban como el charol.

Un electrófono desparramaba una música suave, lenta. Sobre una mesita había vasos con *whisky*.

Milton tomó uno de los vasos.

—No se acuerda de nada —rio—. Es lo que él dice. Gracioso, ¿verdad?

La rubia se dejó caer en un diván. Alzó las piernas con movimientos felinos.

—No le creo una sola palabra. Ese truco de la amnesia está ya muy visto. ¿Te acuerdas, Raymond? Me contaste que un amigo tuyo, no recuerdo su nombre, quiso pasar por amnésico para librarse del servicio militar.

—Calla, Lina —dijo Raymond y siguió mirando su zapato.

En la estancia se hizo un silencio. Tony se había detenido ante la mesa.

Estaba mirando a Raymond cuando este dijo:

—Mike, ¿qué te pasa?

Tony sentía un vacío en el estómago. Aquella escena no hacía más que confirmar sus sospechas, nacidas dos semanas antes, cuando abrió la caja de caudales sin más esfuerzo que poner en movimiento sus hábiles dedos.

—¿Queréis que os diga la verdad?

—Claro que sí —asintió Raymond y lo miró haciendo una mueca—. Anda, suéltalo.

—Es como si os viese a todos por primera vez.

Raymond guiñó un ojo.

—¿A mí también, Mike?

—Sí. Nunca te vi antes de ahora. Nunca.

Milton rio otra vez.

—Os digo que es gracioso.

—Cierra el pico —rezongó Raymond y puso el zapato que había llamado su atención en el suelo. Luego dio un suspiro—. Oye, Mike, no me gustan las comedias. Las aborrezco. ¿Lo oyes? Las aborrezco. Déjate de pamplinas. Tú eres Mike Baynard. Mike Baynard.

Tony sacudió la cabeza.

—Está bien, Raymond.

—Así está muy mejor —sonrió Raymond.

—No me has entendido, Raymond. Volveré a ser Mike Baynard si fui antes Mike Baynard, pero eso no quiere decir, que recuerde. Continúo ahora igual que antes de que Milton me hiciese la llamada a Centerville —miró a los tres—. No os recuerdo a ninguno, y repito, es lo mismo que si os viese a los tres por primera vez, incluso a ti, Raymond.

Se hizo un silencio glacial.

Finalmente, Raymond chascó la lengua.

—Bueno, chico, podría ser que no fueses Mike Baynard.

—¿Qué estás diciendo? —saltó la rubia—. Eso es una tontería. Claro que es Mike.

—Haremos una prueba.

La rubia se puso en pie.

—Déjame a mí, Raymond.

—¿Qué vas a hacer, Lina?

La joven observó a Tony.

—Es la mar de sencillo. Mike me hizo el amor. ¿Tampoco te acuerdas,

Mike?

—No.

—Bueno, eso no importa. Cada uno besa de una forma y yo sé cómo lo hacía Mike —se aceró al joven.

Raymond y Milton los estaban mirando fijamente.

La rubia cruzó los brazos bajo sus senos.

—Anda, abrázame.

Tony miró a Raymond y este movió la cabeza de arriba abajo.

—Abrázala. Ella es mi chica, pero no importa. No lo era cuando tú la besabas. Pero hazlo como si estuvieseis los dos solos… ¡Date prisa, maldita sea!

Tony la abrazó y acercó su boca a la de ella. La besó suavemente, pero Lina se apretó con fuerza.

—¡Ya basta! —dijo Raymond.

La joven descansó los dos pies en el suelo porque se había puesto de puntillas.

—¿Qué pasa? —dijo Raymond.

—Ahora te dirá que necesita repetir —dijo Milton.

—Calla, bastardo —dijo Lina y luego agregó mirando a Tony—. Es él.

Tony sacó el pañuelo y se limpió el rouge que tenía en los labios.

—Todo esto me parece una estupidez. Tú eres el jefe, ¿verdad, Raymond?

—Sí, claro que lo soy.

—Pues, óyeme bien. Tendrás que demostrarme que soy Mike Baynard, porque no me sirve esta prueba estúpida del beso.

De pronto, Milton metió la mano bajo la axila y sacó una pistola.

—Yo te daré a ti la prueba, hijo de perra —se llevó la mano al cogote y echó el cabello hacia atrás—. ¿Ves esa cicatriz?

—Sí, Milton. ¿Qué pasa con ella?

—Me heriste durante aquella pelea.

—¿Qué pelea?

—Fue en Tampa, Florida. Hace tres años… Peleamos por Mildred. ¿Tampoco te acuerdas de la pelirroja?

—¡Y un infierno! ¡No me acuerdo de nada! ¡Ni de la pelea ni de Mildred!

Milton se acercó y apuntó con la pistola a la barriga del joven.

—En aquella ocasión juré que te mataría y ahora ha llegado el momento. Te voy a meter una bala en las tripas. Eso es lo que voy a hacer. Sí. Mike, lo juré en Tampa y ya me cansé de esperar. Vas a tener tu ración —en sus ojos había un odio salvaje mientras arqueaba el dedo sobre el gatillo.

CAPÍTULO III

—Estate quieto, Milton —ordenó Raymond.

—No. No me voy a estar quieto.

—Si disparas, te juro que te deshago con mis propias manos.

—Estas paredes están decoradas a prueba de balas. Luego me llevaré el cadáver. No te preocupes. Lo haré desaparecer.

Tony miró el negro agujero que lo apuntaba.

Milton respiraba entre jadeos, el maxilar inferior proyectado hacia adelante, la boca entreabierta.

—¿Crees que resultó divertido encontrarte en esa estación de servicio, Mike? Me diste asco. Pensé que habías muerto, pero tuve suerte porque deseé mucho tiempo ser yo quien te enviase al cementerio.

—Quizá está diciendo la verdad —habló Raymond—. Es posible que no sea Mike.

Milton lo miró de reojo.

—Estás diciendo eso para obligarme a que me esté quieto.

—No, muchacho. Lo digo de verdad. Otras veces ha ocurrido. Leí un artículo sobre eso. A cada momento está ocurriendo en el mundo. Cada uno de nosotros tiene un sosias, ya sabes, un tipo tan parecido como una gota de agua a otra gota de agua.

—Tonterías.

—Hablé de una prueba y no me referí al beso de Liria. Saldremos de dudas.

—Maldita sea, tiene su misma cara, su misma talla. ¿No le ve sus ojos? Tienen el mismo color. Y fíjate también en sus manos.

—Son precisamente sus manos las que nos dirán si es Mike Baynard.

—¿A qué te refieres, jefe?

—Tengo un número especial para él. Vamos a la cocina y lo sabrás.

Raymond hizo una señal con la cabeza a la rubia y los dos se fueron a la cocina, pero Milton y Tony se quedaron quietos, el primero apuntando todavía con la pistola al joven.

Raymond gritó:

—¡Venid los dos aquí, maldita sea!

Milton movió la pistola.

—Anda, Mike, vete allá, pero te seguiré apuntando. ¿Lo entiendes? Intenta algo y te juro que dispararé sin pestañear.

Al entrar en la cocina, Tony vio lo que había en el suelo, frente a los fogones. Era una caja de caudales.

Raymond ya estaba al lado de la caja y la señaló con el dedo.

—Modelo 3-R. De la casa Mortimer. Fue construida hace cuatro años.

Tony sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—No sé de qué me hablas, Raymond.

—Tú eras un archivo viviente, Mike. Conocías todo lo que se puede saber sobre cajas de caudales. Sí, muchacho. No hay en todo el país nadie que tenga tu habilidad para abrir cajas. Cuando hace unos días me contó Milton que te había visto y me colocó la historia de tu amnesia, me preparé para esto. Pensé que podrías no recordar ni tu nombre pero hay una cosa especial que no creo hayas perdido.

—¿El qué? —preguntó Tony aunque ya lo sabía.

—La habilidad con tus dedos.

Lina se recostó en la pared.

—¿Sabes una cosa, Mike? Desde que desapareciste, Raymond ha intentado imitarte. La casa está llena de cajas. No hace más que traer modelos reducidos como este. Hay otras dos en el dormitorio.

—Esta es la que me interesa que se abra —dijo Raymond—. Y en eso va a constituir tu trabajo. Anda, Mike.

—Si la abro seré Mike Raymond. ¿No es así?

—Naturalmente. Te lo he dicho antes. Solo Mike Raymond sería capaz de abrir esta caja sin estar al corriente de la combinación. Ni yo mismo la sé. La cerré a ciegas.

Tony se pasó la lengua por los labios.

—Lo siento, Raymond, pero no la abriré.

—¿Qué dices?

—No quiero abrirla.

La rubia se echó a reír.

—¿Sabes lo ocurrido? Le gusta ser Tony, el muchachito empleado en una estación de servicio. Eso es lo que le pasa. No quiere volver a ser Mike Baynard.

—Calla, chica —dijo Raymond.

—No quiero callar… ¿Es que no lo ves? Hay tipos que se arrepienten de su vida anterior. Eso es lo que le ha pasado a Mike. Se ha convertido en un buen muchacho. ¿Es que no lo veis? Hasta es posible que se haya enamorado…

—Lina tiene razón —intervino Milton—. Naturalmente es Mike, pero por lo que está diciendo ya no nos hace ninguna falta. No quiere ser de los nuestros… Deja que lo balee, Raymond.

Se hizo una pausa y Raymond sacudió la cabeza.

—Está bien, Mike. No me dejas elegir. Tendré que dejar que Milton te meta una bala en la barriga, ¿o prefieres abrir la caja…?

—Supón que no puedo abrirla —dijo Mike.

—Entonces no serías nuestro muchacho. Pero escúchame bien. No trates de engañarnos. No representes el papel de un tipo que no puede

abrir la caja.

Tony se movió hacia la caja y se agachó sobre ella. La observó unos instantes.

—Vamos, empieza —dijo Milton—. No quiero oírte decir otra vez que no recuerdas nada.

Tony examinó el dial durante unos instantes. Otra vez le ocurrió lo mismo que en Centerville. Sintió que la sangre corría tumultuosamente por sus venas y pudo percibir el latido del pulsó en las sientes.

Manejó el dial durante unos instantes. Primero con la mano derecha, luego con la izquierda. Igual que le había ocurrido en el despacho de Fletcher, tuvo la impresión de que le rodeaban nubes de algodón, de que sus pies no descansaban sobre la tierra. Cerró los ojos y los volvió a abrir pero aquella sensación perduraba.

Casi movió mecánicamente los dedos. Tuvo la impresión de que no dependían de su voluntad. Era como si cada uno de ellos obedeciese al mandato de un cerebro que no era el suyo.

Tiró de la manija y se oyó un chasquido.

De pronto se detuvo.

La caja había quedado abierta.

Raymond soltó una carcajada.

—¡Bravo, Mike! Eso sí que no lo has olvidado y es lo que a todos nos interesa. A ti también.

—A mí me bastó el beso —dijo Linda.

—Olvídalo —dijo Raymond muy serio.

Tony se puso en pie limpiándose las manos en la pernera del pantalón.

Miró a Milton, el cual continuaba con la pistola en la mano, apuntándole.

—¿Vas a disparar ahora?

—¿Qué tontería es esa? —dijo Raymond—. Guarda la pistola, Milton.

Milton Wally rio enseñando sus dientes separados.

—¿Sabes una cosa, muchacho? Te habría baleado sin pestañear de no haber abierto la caja porque hubiese pensado que hacías trampa. Sí, eso es lo que habría hecho —guardó el arma bajo la axila.

Raymond tomó a Tony por el brazo.

—Anda, volvamos al *living*. Tú y yo hemos de hablar mucho.

Salieron de la cocina y Lina y Milton fueron detrás.

Raymond tomó dos vasos, uno de los cuales entregó a Tony.

—Por nosotros, Mike.

Los dos bebieron, mientras Milton ocupaba un sillón y Lina se volvía a sentar como una gata en el diván.

—Te tengo reservada una sorpresa —dijo Raymond—. Algo verdaderamente grande. ¿Sabes cuánto nos reportará, Mike? Doscientos cincuenta mil. Bonito, ¿eh?

—No sigas, Raymond —repuso Tony—. No participaré en nada.

—¿Qué es eso de que no participarás?

—Admitiendo que haya sido un salteador, no volveré a las andadas.

—¿Es que estás chiflado? Tú no puedes decir eso.

—Es lo que haré. No cuentes conmigo, Raymond. Os estoy muy agradecido por haberme descubierto mi identidad —los miró a todos—. Sí, os lo agradezco mucho, pero será la última vez que me veáis— se acercó a la mesa y dejó el vaso.

Milton se puso en pie echando mano otra vez a la pistola.

Tony no le dejó sacarla. Le lanzó el puño a la cara.

Sonó un chasquido cuando Wally recibió el golpe en la quijada y voló hacia el sillón en donde rebotó sobre el almohadón de espuma y cayó de bruces en el suelo.

La pistola golpeó en la alfombra y Tony corrió hacia ella y la atrapó justo cuando Raymond también metía la mano por debajo de la axila.

—Quiero, Raymond. Al parecer, también recuerdo cómo funciona una pistola. Saca la tuya y te aso.



Le lanzó el puño a la cara...

CAPÍTULO IV

Milton había quedado sin conocimiento en el suelo. Lina estaba inmóvil, en el diván.

—Bueno, ¿había alguna duda de que era Mike? —rio.

—Tan violento, tan agresivo como entonces...

Raymond esbozó una sonrisa.

—Celebro que haya ocurrido el incidente. Sí, Mike. Lo celebro. Es como dice Lina. Si faltaba algún detalle, lo acabas de aportar.

—No niego que sea Mike, aunque sigo sin recordarlo, pero digo que se acabó. No contad conmigo.

—Supongamos que te decimos adiós. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Me dijeron que era fácil conseguir el nombre que me falta. Seré Tony Cradox, Tony Rider o cualquier otra cosa y continuaré trabajando honradamente. Ahí tienes toda mi historia. Mike Baynard murió el año pasado. ¿Lo oyes bien?

Raymond rio sacudiendo la cabeza y se dejó caer en el sillón.

—¿De qué te ríes? —preguntó Tony.

—Hay cosas que no se pueden cambiar. Sí, muchachos, tú puedes modificar tu nombre cuando quieras. También yo lo puedo cambiar y te aseguro que lo he hecho muchas veces pero hay cosas imborrables —quedó muy serio mirando torvamente a Tony—. No te puedes limpiar la sangre.

—No sé a qué te refieres.

—Estás manchado, Mike. Eres un asesino.

Tony sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Estás mintiendo.

—Díselo tú, Linda.

—Sí, Mike. Eres un asesino. Mataste a dos hombres, que nosotros sepamos. Es posible que hayas matado a más.

—Estáis mintiendo para que os ayude.

Raymond hizo un gesto negativo.

—No, muchacho. Es la pura verdad.

—¿A quién he matado yo?

—A un vigilante nocturno en Little Rock, Arkansas.

—¿Cuándo fue eso?

—El 3 de mayo de 1961. La noche de ese día pretendimos asaltar una fábrica de calzado perteneciente a la Hamilton Company. ¿No te acuerdas?

—Nunca he estado en Little Rock.

—Tony no ha estado pero Mike, sí estuvo y participó en aquel golpe.

Nos llevamos veinticinco mil dólares. Habíamos calculado cien mil pero no contamos con que aquella mañana habían hecho un pagó importante.

—¿Qué ocurrió?

—Habíamos tenido en cuenta que el vigilante hacia su ronda a las once. Milton tenía que dejarlo sin sentido y amordazarlo, pero falló porque el vigilante dio un buen salto. Tú estabas trabajando en la caja. Habías puesto la pistola a tus pies. El vigilante sacó el arma. Tú atrapaste la pistola y disparaste sin pestañear. Le metiste una bala en la cabeza. Luego, tuvimos que darnos mucha prisa.

—¿Dónde estabas tú, Raymond?

—Fuera, esperando en el coche.

Tony se pasó la mano por la cara.

—¿A quién he matado más?

—A un tahúr en Miami.

—¿Cuándo fue eso?

—Tres meses después de lo de Little Rock. Nos fuimos allí para festejar el golpe y apartarnos del ruido... Te gustaba mucho el póker. Yo había descubierto aquel garito y te llevé allí. De pronto descubriste que uno de los fulanos hacía trampas. Lo cogiste por el brazo y le sacudiste un puñetazo derribándolo de la silla. Desde el suelo echó mano a la pistola, pero otra vez fuiste el más rápido y le metiste dos balas en el pecho... Por fortuna, los otros dos tipos también le tenían ganas al fulano y se pusieron de nuestra parte.

—¿Quién era aquel tipo?

—Jonathan Francis, ese era su nombre.

—¿Qué pasó después?

—Nos llevamos el cadáver, lo desnudamos y lo arrojamos al mar, aunque las olas se encargaron de devolverlo a la playa. La policía no demostró excesivo celo por encontrar al culpable porque Francis era un mal bicho con un largo prontuario.

—¿Qué día fue?

—El cuatro o el cinco de agosto del 61. No lo recuerdo con exactitud.

—Fue el cuatro —dijo Lina—. Pasasteis toda la noche juntos y cuando llegasteis al hotel, los dos estabais muy pálidos.

—Está bien, el cuadro —asintió Raymond—. ¿Qué importa eso ahora? —se acercó a la mesa y tomó su vaso.

Milton Wally empezó a levantarse. Casi estuvo a punto de caer otra vez pero se apoyó en el respaldo del sillón. Por la comisura de la boca le resbalaba un hilillo de sangre.

—Hijo de perra —dijo.

Tony apretó la pistola.

—No te metas conmigo, Milton. Me han dicho que soy un asesino y quizá sea cierto porque tengo deseos de empezar a apretar el gatillo.

—Serénate, muchacho —repuso Raymond—. Somos tus amigos.

Tony tiró la pistola a los pies de Lina, en el diván. Luego se frotó fuertemente la cabeza.

—Y yo quise saber quién era…

—¿Sientes ahora remordimientos? —habló Milton mientras se restañaba la sangre con el pañuelo.

—Hablemos de lo nuestro —dijo Raymond—. Ya hemos perdido demasiado tiempo con la comprobación de tu identidad, ¿eh, Mike?

—¿De qué se trata? —preguntó Tony.

—¿Qué va a ser? Un asalto. Pero esta vez será lo mejor que hayamos hecho en nuestra vida. Ya te lo dije antes. Doscientos cincuenta mil dólares.

Tony tomó otra vez su vaso.

—Espera un momento, Raymond. No hemos hablado acerca de lo que pasó aquella noche.

—¿A qué noche te refieres?

—Cuando aparecí herido en la estación de Fletcher, en Centerville. ¿Qué es lo que pasó? ¿Quién me atacó?

—Eso es algo que no sabemos.

—¿Dónde estabais vosotros?

—Aquí, en Nueva York. Habíamos pegado un buen golpe en Saint Paul, un pueblecito de Minnesota, dieciocho mil dólares sin ningún riesgo. Quise que vinieses con nosotros a cenar, pero tú dijiste que tenías una cita. Estaba claro que se trataba de una mujer. Te pedí que al día siguiente estuvieses en mi hotel a las doce. Quería hablarte de un golpe en Oswego, pero ya no te volví a ver.

—No me buscasteis.

—Nos dieron el soplo de que la policía venía detrás de nosotros por lo de Little Rock. Tuvimos que escapar aquella misma noche, pero te esperamos hasta última hora. Fuimos a Omaha y desde allí continuamos a California. Tratamos de localizarte llamando a unos cuantos sitios, pero fue inútil. Nadie sabía de ti.

—¿Y qué hay de las noticias en los periódicos?

—En los diarios de Los Ángeles no interesa lo que pase en un pueblo de cinco mil habitantes. Fue en Centerville donde te ocurrió eso…

Raymond hizo una pausa para beber un trago de *whisky*.

—Hemos pasado la mayor parte de este año en California, pero no nos fue muy bien y decidimos regresar. Sí, Mike. Hemos pasado una gran crisis, pero tuvimos suerte conque Milton te descubriese en la estación de servicio… ¿Crees en el destino de las personas? —rio—. Yo sí. ¿Y sabes por qué? Juntos hemos hecho grandes cosas, pero esta de ahora se va a ganar el premio.

—¿Qué pasaría si me negase a participar?

—No digas eso, muchacho. Tienes que hacerlo.

—He preguntado qué pasaría.

Raymond lo miró con ojos vidriosos.

—Sería capaz de hacer una cosa. Daría el soplo a la policía y nosotros nos largaríamos a cualquier país de América del Sur. Hasta es posible que nos quedásemos. Seríamos tres contra ti. Tú mataste a Jonathan Francis y fue completamente asunto tuyo. En cuanto a lo de Little Rock, podríamos probar que nosotros no estuvimos allí. Conservo todavía la pistola con que mataste al vigilante. Naturalmente no tiene huellas, pero la policía echaría mano al expediente de aquel caso y bastaría que comparasen la bala con la pistola para llegar a la conclusión de que solo fue disparada por ella —esbozó una sonrisa—. Tú no harás necesarias esas cosas. Trabajarás para nosotros. Al fin y al cabo, te corresponderá un tercio del botín. Será nuestro último golpe, muchacho. Después de eso nos retiraremos. Además, no va a haber ningún muerto. Esta vez he tomado todas las precauciones.

Tony dio unos pasos por la estancia.

—¿Qué lugar has elegido?

—Centerville.

—¿Qué?

—Sí, muchacho. Justo la ciudad donde has permanecido este año.

—Estás loco. ¿Cómo podría robar yo en un lugar donde tanta gente me conoce?

—Nadie sabrá que formas parte de la pandilla.

—¿Qué vas a asaltar? ¿El Banco?

—No. La fábrica de tractores agrícolas de Sigmund Halley. ¿La conoces, verdad?

—Sí. Está en la avenida Marpland, al sur del pueblo.

—Exactamente a una milla de la carretera de Nueva York, y lo bastante alejada de las casas de vecindad para que podamos realizar el golpe con todas las garantías.

—Dices que lo has planeado todo. He visto los muros y la verja que hay allí.

—Todo está previsto, pero no sabrás los detalles ahora. Necesito hacer las últimas comprobaciones. Mañana, por la noche vendrás otra vez aquí y entonces conocerás el plan completo.

—¿Cuándo se hará?

—También tuve en cuenta eso. Será el sábado por la noche, mientras los policías celebran su baile anual.

Tony recordó que Shirley lo había elegido a él para ir a aquel baile. Sí, el Destino era caprichoso.

—Ahora vete, Mike. No quiero que regreses demasiado tarde a tu negocio de Centerville. Has de seguir siendo un ciudadano ejemplar.

Tony echó a andar hacia la puerta y Lina saltó del diván y fue tras él.

—Lina —dijo Raymond—. No te entretengas demasiado en la despedida. Ya le diste un beso antes para comprobar si era Mike.

Tony fue a abrir la puerta y Lina lo tomó del brazo.

—Mike…

—¿Sí?

—Celebro mucho que estés otra vez con nosotros.

Lo estaba mirando profundamente a los ojos.

Tony vio que Raymond los observaba.

—¿A la misma hora? —dijo.

—Sí, muchacho, pero esta vez vendrás por tu propio pie. No hace falta que Milton vaya por ti.

—Sí, Raymond.

—No te demores, Mike. No me gustaría nada.

Tony hizo un gesto afirmativo y echó a andar por el corredor hacia la escalera.

CAPÍTULO V

Tony entró en la sala de aquella biblioteca pública de Nueva York. Se le ocurrió mientras iniciaba el viaje a Centerville. No, no podría regresar sin comprobarlo y después de todo sería sencillo.

Escribió en una hoja de papel lo que deseaba. Una colección de periódicos del "Star" correspondiente a mayo y agosto de 1961. Una empleada que defendía sus ojos con lentes de alta graduación le puso los dos tomos sobre una mesa. En la estancia había unas cuantas personas que leían en silencio.

Tony buscó el diario correspondiente al 4 de mayo de 1961. Pasó la primera página, la segunda. Allí estaba, en un rincón de la tercera. Se había cometido un asalto en Little Rock en el edificio de la Hamilton Company, una fábrica de calzados. Los ladrones se habían llevado veinticinco mil dólares. Se ignoraba de cuántos miembros se componía la banda porque el único testigo, un vigilante, había resultado muerto. Una bala se le había incrustado en las fosas nasales cuando sorprendió a los delincuentes en pleno trabajo. La bala había sido enviada por una "Smith y Wesson" calibre 38. No se tenía ninguna pista de los salteadores.

Continuó leyendo el diario de días sucesivos. La última noticia, al parecer, se publicaba una semana más tarde. La policía de Little Rock no tenía ninguna esperanza de detener a los salteadores de la Hamilton Company y hacerles pagar la muerte del vigilante.

Tony permaneció un rato pensativo.

Finalmente se dedicó a consultar el otro tomo, el correspondiente a agosto del mismo año. Esta vez la noticia había merecido unos gruesos titulares por la calidad de la víctima. Jonathan Francis había sido asesinado en Miami, Florida. Francis fue encontrado desnudo en la playa por un pescador. Mostraba dos heridas de bala en el pecho. El crimen había sido cometido con un revólver "Smith y Wesson" calibre 38.

La policía no había podido establecer la identidad del asesino, Francis pudo ser muerto por un centenar de tipos, gente del hampa. Indudablemente, se trataba de ajuste de cuentas. Francis había sido detenido innumerables veces, así como sufrido más de una docena de condenas. Fue juzgado por homicidio en cuatro ocasiones, pero siempre salió en libertad porque el fiscal no encontró pruebas suficientes para llevarlo a la silla o al menos encerrarlo. Todas sus condenas se referían a robos.

Tony continuó examinando los números siguientes a aquel en que se

insertaba la noticia de la muerte de Francis. Pero, lo mismo que en el caso del asalto a la Hamilton Company en Little Rock, tampoco la policía de Miami había logrado dar con el asesino del peligroso delincuente.

Minutos más tarde, Tony corría por la carretera en el coche hacia Centerville.

Un humeante cigarrillo colgaba de sus labios.

"Muy bien, Tony, ya lo has conseguido. Ya sabes quién eres. Un salteador, un delincuente, Mike Baynard. Y hasta tienes en tu haber dos homicidios. No, no fueron asesinatos. Para cometer un asesinato es necesario disparar con alevosía. Bueno, ¿qué importa eso? Al infierno. Tú los mataste".

Cuando llegó a la estación vio a Freddy que estaba sentado en un cajón, cerca del poste del servicio, a la espera de un cliente.

Dejó el coche en el garaje y fue al encuentro del muchacho.

Freddy estaba por los diecinueve años y era un pelirrojo de cara pecosa y dientes como paletas.

—Buenas noches, Freddy.

—Hola, Tony. ¿Lo pasaste bien?

—Sí, mucho.

—Pues cualquiera lo diría. Estás muy serio —Freddy sonrió—. ¿Te dio calabazas?

Tony le revolvió el cabello y se dirigió al bar.

Antes de entrar vio el "Jaguar" de Shirley Petterson en la playa de estacionamiento. Empujó la puerta y la descubrió sentada en un taburete bebiendo un "Martini".

El marido de Sofie estaba a la otra parte.

—Sí, muchacha —dijo Forli—. Hay que tener cuidado con todo el mundo. Recuerdo que una vez...

Sofie le gritó desde la cocina.

—Eh, Forli. ¿Por qué no me echas una mano? La pila está llena de platos. Sécalos al menos.

Forli hizo una mueca y fue a retirarse, pero en eso descubrió a Tony.

—Buenas noches, chico. No te cases nunca.

Shirley se volvió con el vaso en la diestra.

—Hola, Tony.

—¿No es muy tarde para que esté por aquí? —repuso el joven dándose cuenta de que ella estaba un poco bebida.

—Estuve en una fiesta con unos amigos y no tenía sueño.

Tony ocupó un taburete.

—Me alegra mucho que te hayas quedado —dijo ella.

Eso le hizo recordar a Tony su primitiva idea de abandonar Centerville aquella noche. Pero luego se había producido la llamada de Milton Wally.

—Será por poco tiempo —dijo.

—Apuesto a que estarás aquí el sábado.
—Sí.
—Magnífico. Iremos al baile.
—No, no iré.
—¿Por qué no?
—No me gustan esa clase de reuniones.
Un coche frenó bruscamente fuera y poco después dos hombres entraron en el bar.
—Eh, Richard —dijo uno de los recién llegados—. Está aquí. Mírala.
Richard Martin frisaba en los veintiocho años de edad y era moreno, de rostro atezado, nariz un poco chata.
—Ah, hola, Shirley. Celebro encontrarte. Te he estado buscando. Vente con nosotros. Vamos a recoger a Betty.
—Gracias, Richard, pero me iré a casa dentro de un rato.
—Déjate de eso. Red nos invita al Club de Pescadores. Beberemos unas cuantas copas y bailaremos. Red tiene una bonita colección de discos de “twist”.
—No, gracias, Richard.
Richard caminó hacia el mostrador. También había bebido mucho porque avanzó tambaleándose un poco.
—De modo que este es el tipo —dijo mirando a Tony.
—Por favor, Richard —murmuró Shirley.
—Lo sé desde hace tiempo. No era ningún secreto, ¿eh, Shirley? Ese es el hombre que te vuelve loca. El mozo de una estación de gasolina y la millonaria. Qué romance.
Tony estaba muy serio.
—No moleste —dijo.
—Eh, ¿quién se cree qué es?
—Solo el mozo de una estación de servicio.
—Ni siquiera eso, ¿verdad, Red? Solo es un tipo que se llegó aquí y que no tiene nombré.
—Será mejor que se calle.
—¿Quién eres para obligarme a callarme? Hablo lo que me da la gana, ¿lo entiendes? Y tu obligación es escuchar.
—¡Richard! —exclamó Shirley—. Estás dando un espectáculo.
—¿Qué has encontrado en él? Anda, dímelo —habló Richard sin apartar los ojos del rostro de Shirley—. No sabemos quién es. Podría ser hasta un hijo de perra.
Tony le percutió en el mentón con el puño derecho.
Martin se derrumbó en el suelo mientras Shirley lanzaba un grito.
—Ande, amigo —dijo Tony a Red, el compañero de Martin—. Lléveselo.
Richard Martin se levantó escupiendo maldiciones.

—Se lo voy a hacer pagar, bastardo…

Lanzóse sobre Tony, quien lo frenó enviándole un directo al plexo solar.

Martin atrapó una silla que elevó sobre su cabeza y fue sobre Tony para rompérsela en la cabeza.

Este saltó a un lado y la silla se hizo pedazos contra el mostrador.

Tony le golpeó en el pómulo con la izquierda. Ahora puso más fuerza que antes en el golpe y Richard se derrumbó en el suelo y quedó inmóvil.

—Llévéselo, Red.

—Sí, señor. Ahora mismo.

El propio Tony ayudó a Red a transportar a Martin hasta el coche. Luego regresó al bar.

Sofie y Forly habían salido al mostrador.

La joven estaba bebiendo y Tony le quitó el vaso de la mano.

—Ya ha bebido demasiado. Váyase a casa.

—Me temo que no podré conducir. Todo me da vueltas. ¿Quieres llevarme, Forli?

—Lo haré yo —dijo Tony.

Poco después corrían en el “Jaguar” hacia Centerville.

Shirley inclinaba la cabeza sobre el respaldo del asiento.

—Tony… a partir de ahora te dejaré en paz… He hecho muchas tonterías, lo confieso.

—No diga eso.

—Sí, Richard tiene razón… Me interesaste. Es ridículo, ¿verdad?

Tony sacó el coche de la carretera y apretó el pedal del freno.

Shirley lo miró con interés, con las cejas enarcadas.

De pronto Tony la atrapó por los brazos y la besó fuertemente.

—Tony —dijo ella.

—Está bien, Shirley, yo también te quiere.

—¿Desde cuándo?

—Desde la primera vez que te vi.

—Entonces, todo este tiempo has estado conteniéndote…

—Sí.

—¿Por qué?

—Estaba claro, ¿no? Yo no sabía quién era.

—¿Quieres decir que ahora lo sabes?

Tony se mordió el labio inferior.

—No, tampoco, pero ya te he dicho que me voy a ir de Centerville.

—Oh, Tony, no hace falta que te vayas ahora. Me acabas de confesar que me quieres.

—Martin dijo algo. Tú eres una millonaria y yo el mozo de una estación de servicio.

—No me importa —repuso Shirley y se echó sobre él, besándolo en la

boca.

Tony la apartó de sí cogiéndola por los brazos.

—Entre tú y yo no puede existir nada.

—Ya existe.

—No importan mis sentimientos.

—A mí, sí.

—He sido un estúpido por habértelo confesado. Pero no podía callármelo más.

Ella le sonrió.

—Tony, ha sido maravilloso.

—Tienes que olvidarlo.

—Nunca.

—Has de hacerlo, te obligaré a ello.

—No, Tony. No puede ser. Tú no quieres eso, sé que no lo quieres...

Tony puso el motor en marcha y salió otra vez a la carretera. Pisó a fondo el acelerador.

—Mi padre quiere mi felicidad —oyó decir a Shirley—. Cuando le diga que nos casaremos, él se mostrará muy satisfecho. Sí, Tony. Estará muy orgulloso de ti.

—No me casaré contigo.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Tony? A ti te preocupa lo que se refiere a tu pasado.

—Muy bien. Yo estaba interesado en saber quién era, pero ahora ya acabó la historia y te repito que me marcharé de Centerville.

La residencia de los Petterson se alzaba a las afueras de Centerville.

El portón estaba abierto.

El “Jaguar” corrió por un camino de grava hasta la escalinata que conducía al porche.

Tony fue a saltar fuera, pero Shirley lo retuvo tomándole la mano.

—Tony, espera...

La miró a los ojos.

—Siento mucho lo que ha pasado, Shirley. No debí decirte nada...

—No me importa lo que hayas dicho, Tony.

—No digas eso.

—Te lo repetiré siempre.

—¿Es que no te das cuenta? ¿Y si yo fuese un asesino?

—¿Qué?

—Eso. Un asesino.

—No digas tonterías, Tony. Tú no puedes haber matado a nadie.

Él fue a decir algo, pero se interrumpió.

—Ya hemos hablado bastante —dio un tirón soltándose de la mano de ella y descendió por la portezuela.

Shirley lo hizo por el otro lado.

—Tony, llévate el coche. Ya iré mañana a recogerlo.

—Prefiero dar un paseo.

Shirley acudió a su lado.

—Tony, ¿puedo ayudarte?

—No, no puedes ayudarme. Ni tú ni nadie.

Le rozó la mejilla con el dorso de la mano y sintió deseos de abrazarla. Sí, amaba aquella mujer. Le había dicho la verdad. Se enamoró de ella apenas la vio, pero había logrado contener sus impulsos porque se decía una y otra vez que no tenía ningún derecho a declararle su amor.

Sintióse poseído de una sorda rabia. Había fallado cuando más preciso era que callase.

—Adiós, Shirley.

—Espera, Tony.

Pero él continuó andando por el camino de grava hacia el portón.

Poco después caminaba por la carretera hacia la estación de servicio, solo, las manos en los bolsillos, bajo un cielo tachonado de estrellas.

CAPÍTULO VI

Le abrió Lina.

También se cubría con un pijama, pero era un modelo distinto al de la noche anterior.

Tony le hizo un saludo y pasó al vestíbulo, pero allí no había nadie.

De pronto, Lina vino por su lado, se le colgó del cuello y lo besó con la boca entreabierta.

Tony se quedó quieto.

Ella apartó su cara, pero no le quitó los brazos del cuello. Ladeó la cabeza sonriendo.

—¿Te gusta así más, a solas?

—¿Dónde está Raymond?

—Todavía no ha venido.

—¿Y Milton?

—Tampoco. Estamos los dos solos.

Ella fue a besarlo otra vez, pero Tony le tomó los brazos y la apartó de sí.

—Es mejor que lo sepas de una vez, Lina. No quiero saber nada de ti.

Ella dejó de sonreír.

—¿Necesitas también que te recuerde lo que había entre nosotros antes de que ocurriese lo de aquella noche? ¿Sabes lo que íbamos a hacer a la semana siguiente?

—¿El qué?

—Íbamos a fugarnos.

—Oye. Lina. No me importa lo que existiese entre nosotros ni lo que fuésemos a hacer.

—No, ¿eh?

—No.

Volvió a sonreír.

—¿Todo se acabó?

—Todo.

—Por lo visto, necesito conquistarte otra vez.

Tony, fue al bar que había en el rincón y se escanció *whisky* en un vaso.

—Hay otra mujer —le oyó decir de pronto.

Se quedó con el vaso junto a los labios mirando a la joven que ahora se había sentado en el suelo.

—No, no la hay —le dijo.

—Claro que sí. Me he informado acerca de ti. También me di una vuelta por Centerville esta mañana.

—¿Por qué fuiste allí? No conviene que te vean.

—Raymond me mandó para echar un vistazo por las calles. Ya sabes que él piensa en todo.

—¿Qué es lo que te informaron de mí?

—Lo suficiente para saber por qué te negabas a reconocer tu identidad. Si se lo contase a Raymond, también comprendería por qué no tenías ganas de intervenir en este golpe.

—Explícate de una vez.

—Hay una chica con mucho dinero por medio.

—Te han engañado.

—No te esfuerces en desmentirlo, Mike. Conozco también su nombre. Shirley.

Tony bebió un trago de *whisky*. Se decía que no debía excitarse.

—Eso es una pamplina.

—Shirley Peterson.

—Te digo que te equivocas.

—Su padre es un financiero, un millonario.

—¿Quién te habló de eso?

—Un amigo suyo, un muchachito llamado Freddy… Raymond se había enterado del domicilio de tus compañeros de modo que yo me llegué al de Freddy para sonsacarle.

—¿Cómo has cometido semejante tontería? Si Raymond se enterase lo ibas a pasar mal.

—Raymond no se enterará a menos que se lo digas tú y entonces yo lo informaría a él de la historia completa.

—Entre esa chica y yo no existe nada, si se exceptúa una corriente de simpatía.

—Cuánto me gusta oírte decir eso —repuso Lina y se tendió en la alfombra—. Cuando hayamos dado el golpe, tú y yo nos marcharemos juntos.

—¿Y Raymond?

—Lo abandonaremos. Quiero ir contigo a California, Mike.

—Va a resultar un poco difícil. No quiero ir a California.

—Aquello es muy hermoso. Te gustará. Y yo seré para ti una mujercita muy enamorada.

En aquel momento se abrió la puerta y Raymond y Milton entraron en la habitación.

Raymond traía un cartucho por cuyo extremo superior asomaban los cuellos de dos botellas de champaña.

—Hola, muchachos. Siento llegar tarde, pero Milton y yo nos entretuvimos hasta saber los resultados de las últimas carreras. Gané quinientos machacantes y se me ocurrió traer esto para celebrar nuestro próximo trabajo… Levántate, Lina. Siempre te veo tendida. Ocúpate de

abrir una botella.

Lina se levantó con movimientos perezosos.

Raymond la arrapo por el cuello y la besó bruscamente en la boca.

La joven emitió un gruñido.

—Besas como un oso.

Raymond se miró la mano.

—A lo mejor resulta que tengo una zarpa —rio su propia ocurrencia.

Milton ocupó un sillón diciendo:

—Quizá ellos han pasado el rato.

Lina iba camino de la cocina y se volvió bruscamente.

—Oigo tu sonajero, serpiente de cascabel.

Raymond lanzó una carcajada.

—Me gusta la gente con temperamento. Todos los que estamos aquí lo tenemos. Por eso formamos una buena pandilla. Nos hemos reunido justo los que podemos llevar a cabo grandes planes. Pero bastará con uno, uno solo, y seremos ricos todos. No te quedes ahí, Lina... El champaña.

La rubia desapareció en la cocina.

—Bueno, hablemos de lo nuestro —dijo Raymond.

Entró en una habitación y al poco rato salió portan de una carpeta de piel de becerro. Sacó un papel.

—Acércate, Mike. Aquí tienes el plano de la fábrica. Tony estudió el plano.

—No me dice nada.

—Las operaciones para entrar corren de cuenta de Milton. Tú te encargarás solo de la caja fuerte, como siempre. Solo quiero que eches un vistazo para que te des cuenta de que todo ha sido pensado con detenimiento. Aquí tienes la verja por dónde entran los camiones, en la parte trasera. A partir de las siete de la noche queda cerrada, pero no hay ningún guardián por los alrededores. Solo dos en la parte delantera. Milton ya tiene una llave para abrir. Cruzaréis una nave y ganaréis las oficinas por una escalera interior. También se ocupará de las otras puertas hasta llegar al despacho dónde está la caja fuerte.

—¿Qué harás tú entretanto?

—Me ocuparé del coche.

—¿Y Lina?

—Ella estará en otro automóvil esperándonos en el lugar marcado por una cruz. Ese coche será con el que emprenderemos la huida.

—Yo me encargaré de robarlo a las siete, una hora antes de que iniciemos la operación.

—Entonces será a las ocho.

—Sí. El baile de la policía empieza a las seis.

—¿Dónde me reuniré con vosotros?

—Irás directamente a la fábrica, pero saldrás del edificio donde se

celebra el baile.

—¿Por qué he de ir allí?

—Porque así lo quiero yo. No me interesa que salgas de la estación de servicio. Sería peligroso. En el baile se reunirán trescientas o cuatrocientas personas. Tú serás un invitado más. Cuando salgas de allí, nadie se dará cuenta de ello. Mientras estés en la fiesta, procura que te vean unos cuantos conocidos.

—No podré hacerlo.

—¿Por qué no?

—Veo el plano de la fábrica, pero no conozco la caja fuerte. No puedo abrirlas todas. ¿O es que crees que tengo magia en los dedos?

Raymond se echó a reír y sacó otro papel de la cartera que desplegó ante los ojos de Tony, fin él se reflejaba una caja fuerte de gran tamaño.

—Aquí la tienes. Modelo H. J. 3-R. Exactamente cinco veces mayor que la que abriste anoche para nosotros en la cocina. El mecanismo es el mismo. He calculado el tiempo. La abrirás en menos de un minuto. Quizá te basten cincuenta segundos.

—Pareces estar muy seguro.

—Claro que lo estoy.

—¿Cuánto dinero hay dentro?

—Ya te lo dije. Doscientos cincuenta mil dólares. Tú y Milton llevaréis una bolsa cada uno, suficiente para que quepa todo el dinero.

—¿Dónde están las bolsas?

—También nos hemos ocupado de ello. Tráelas Milton.

Milton se metió en la habitación y regresó con dos bolsas de lona color azul con cintas de cuero.

—Son manejables —dijo Raymond— y se pueden llevar perfectamente al hombro.

Tony volvió a mirar el plano. En la parte posterior de la nave había dos figuras humanas.

—¿Los vigilantes?

—Sí. Es justo el punto donde se encontrarán ambos en el momento que entréis por la puerta. Cuando lleguéis a la oficina dónde está la caja, los vigilantes continuarán en el mismo sitio. El de la derecha no empieza su ronda hasta las ocho y media.

—Supón que se adelanta.

—No se adelantarán. Lo hemos estado comprobando durante mucho tiempo. En vuestro camino a la oficina, Milton no cerrará las puertas de modo que podréis escapar exactamente en dos minutos treinta y siete segundos, todo lo más en tres minutos. Saldréis por el mismo sitio y os meteréis en el coche, donde yo estaré esperando junto a esta torre con cables de alta tensión. Inmediatamente emprenderemos la huida hasta el punto donde nos estará esperando Lina.

—De acuerdo —dijo Tony.

—Tú volverás al baile de la policía.

—¿Y vosotros?

—Regresaremos a Nueva York, dejaremos el coche en un garaje. Justamente allí también esconderemos las bolsas con el dinero.

—¿De quién es el garaje?

—Uno particular que ha sido alquilado por mí.

—¿Dónde?

—¿Qué te importa?

—Claro Que me importa. Quiero estar al corriente de todo.

—Calle Clinton, en el East Side.

—¿Número?

—¡No se lo digas! —gritó Milton—. Tengo la impresión de que nos va a hacer una faena.

—¿Qué clase de faena? —preguntó Tony.

—Después de dejar el coche con el dinero, vendremos aquí. ¿Y si a ti te ocurriese dejarte caer por el botín y largarte? ¡Entérate de una vez! En ningún momento he admitido lo de la amnesia. No, Raymond. No lo digas.

Tony miró a Raymond.

—Repito que quiero saberlo. ¿Qué número de la calle, Clinton?

—El 324.

—¡Maldito sea! —enfiló Milton—. No has debido debelo.

Raymond dio un manotazo en el aire.

—¿Qué importancia tiene eso? ¿Es que no sabes que él no nos puede traicionar? Lo tenemos bien atrapado con sus dos homicidios. ¡Que se atreva a jugárnosla y lo enviaremos a la silla!

Tony sacudió la cabeza.

—¿Está todo dicho, Raymond?

—No quiero que vengas por aquí después de pegar el golpe. Dejaremos correr un par de semanas y luego haremos el reparto. Finalmente, cada cual tirará por dónde quiera. En lo que a mí respecta, me iré con Lina a Florida. Luego, quizá me llegue a California.

—Yo iré al Canadá —dijo Milton—. ¿Y tú, Mike?

—No lo tengo pensado todavía.

Se oyó un taponazo en la cocina y Lina salió llevando una bandeja donde estaban las copas de champaña.

—Bueno, aquí lo tenemos —dijo Raymond—. A brindar.

Todos alzaron sus copas.

—Por el feliz éxito del negocio —propuso Raymond.

Después de beber un trago, Tony dejó su copa en la mesa.

—Si no tienes nada más que decir, me marcho.

—Está bien, chico. Ya lo sabes. A las ocho en punto del sábado has de estar junto a la verja donde te estará esperando Milton.

—Corriente.
—Buena suerte, chico. Sí, señor. Vamos a ser ricos... Recuérdalo.
Inmediatamente, Tony abandonó el apartamento.

CAPÍTULO VII

Tony se encontraba en la oficina examinando unos papeles.

Eran las once de la mañana.

La madre de Freddy había llamado para decir que su hijo se encontraba en la cama con anginas y Fletcher había tenido que ir a Nueva York para discutir un asunto con el arquitecto que debía construirle la nueva estación de servicio.

Había tenido una mañana con mucho movimiento y ahora aprovechaba aquellos minutos de descanso para poner en orden una carpeta de documentos.

De pronto oyó sonar un claxon y al levantar la cabeza vio al volante de un “Buick” a la rubia Lina.

Apretó los puños mientras se levantaba y echó a andar saliendo al exterior.

Se dio cuenta de que Forli estaba a la puerta del bar y trató de contenerse. Acercóse al coche.

—¿Gasolina, señorita?

—Sí, por favor. Llene el tanque.

Tony no se dio mucha prisa en servir el carburante. Cuando enroscó el tapón miró otra vez hacia el bar y vio que Forli había desaparecido. Entonces se llegó a la portezuela y, después de decir a Lina lo que debía por la nafta, agregó:

—¿Por qué has venido?

—Mike, tengo un plan estupendo.

—Te dije que no quería saber nada.

—Los doscientos cincuenta mil dólares serán para nosotros. ¿Lo oyes? Solo para nosotros.

Tony apoyó el brazo en el hueco de la portezuela.

—No cuentes conmigo.

—No seas estúpido. Es un cuarto de millón. Mucho más dinero del que nosotros hayamos soñado en toda la vida. ¿No te das cuenta, Mike? Es nuestra gran oportunidad y no la debemos dejar escapar...

Tony oyó los chirridos de unos neumáticos y volvióse viendo aparecer el “Jaguar” de Shirley Peterson.

—Ya tenemos aquí a la muñeca de los millones —oyó decir a Lina.

La miró con los ojos llenos de ira.

—Anda, lárgate.

—Claro. La prefieres a ella. Ese es el motivo por el que no das tu conformidad a mí idea. Piensas cazar sus millones. Es mucho mejor.

—Márchate de una vez.

—Ya me voy, pero no creas que he terminado contigo.

Lina arrancó bruscamente, pasó por junto a la popa del “Jaguar” que se había detenido en la playa de estacionamiento y desapareció por la carretera rumbo a Nueva York.

Shirley se acercó a Tony sonriendo.

—¿Qué le pasaba a esa cliente? Parece que se marchó furiosa.

—Hay personas que se creen con derecho a todo.

—¿A ti también?

—¿Qué dices?

—Solo era una broma... Vine con la esperanza de que me acompañases a pescar.

—Hoy es el peor día. No puedo dejar esto.

La joven dio un suspiro.

—¿Recuerdas que mañana es sábado?

¿Cómo podía olvidar que al día siguiente ara sábado? A las ocho de la noche él tendría que estar en la verja de la fábrica de tractores donde lo esperaría Milton.

—Vendré por ti a las cinco y media, Tony.

—De acuerdo, Shirley.

—Estoy deseando que llegue mañana.

—Yo también.

En aquel momento aparecieron cuatro camiones de un convoy por la carretera.

—Vaya —dijo Shirley—. Se acabó la pausa.

—Tendré mucho trabajo durante la próxima hora.

—Está bien. Me iré a pescar sola.

Cuando se sentó ante el volante del “Jaguar”, se volvió haciendo un saludo con la mano. Seguidamente, Tony se dedicó a atender los camiones.

⋆ ⋆ ⋆

Tony bailaba con Shirley.

La sala estaba llena de invitados.

El capitán Greene presidía la fiesta con otros prohombres de la ciudad.

Tony miró el reloj que había sobre la pared, encima de la orquesta. Las saetas señalaban las siete y media.

Solo faltaban treinta minutos para la cita con Raymond y Milton.

—¿Te importa que descansemos? —dijo a Shirley.

—Claro que no.

—Necesito un trago.

Fueron a la mesa donde estaban las botellas.

Tony estaba preparando whiskies cuando oyó tras de sí la voz del sargento Yogel.

—¿Se divierte, señorita Peterson?
—Sí, sargento.
Tony se volvió con dos vasos, uno de los cuales entregó a Shirley.
El sargento lo miró con los ojos entornados.
—¿Sabe a quién me recuerda, Tony?
—¿A quién, sargento?
—A cierto tipo que salió una vez entre los diez delincuentes más peligrosos de los Estados Unidos —hizo una pausa—. Pero no se preocupe, usted no es él, porque lo asaron en la silla.
Hizo un saludo a la joven y se alejó.
—Muy simpático el sargento —comentó Tony.
—Sus primeras palabras me han hecho temblar. Creí que hablaba en serio.
Tony apretó los maxilares y bebió su *whisky*.
De pronto sintió que la mano de ella le tomaba por el brazo.
—¿Qué te ocurre?
—Richard Martin. Acaba de entrar con su amigo Red.
—Déjalo que se acerque si quiere.
—No me gustaría que peleases otra vez con él, Tony.
—Descuida. Tienes mi palabra de que no ocurrirá nada, a menos que se desmande demasiado.
Richard y Red fueron hacia ellos.
—Hola, Shirley —dijo Richard—. ¿Me concedes este baile?
—Desde luego.
Richard se volvió hacia Tony a quién tendió la mano.
—Siento lo ocurrido el otro día —sonrió levemente—. Espero que no me guardes rencor.
—En absoluto, Tony.
Cambiaron un apretón y luego Richard enlazó a Shirley por el talle y ambos se alejaron bailando.
Red tomó un bocadillo.
—Bonito baile, ¿eh? —dijo.
Tony convino en que era una hermosa fiesta.
Por fortuna para él, Red descubrió a una amiga y se disculpó yendo hacia ella.
Tony dio media vuelta y se dirigió al fondo de la sala, donde había una puerta trasera.
En el camino vio al sargento Yogel dialogando entre un grupo de hombres.
Cuando salió del local tuvo la seguridad de que ningún conocido lo había visto.
Eligió el camino menos frecuentado.
Faltaban unos tres minutos para las ocho cuando dobló la esquina de la

fábrica de tractores.

Vio una sombra junio a la pared y se detuvo.

—Soy yo, muchacho —oyó la voz de Milton. Llevaba una valija en la mano.

—¿Y las bolsas? —preguntó Tony.

—Bajo la gabardina. Ponte los guantes —sacó de la valija unos guantes que alargó a Tony.

Echaron a andar hacia la verja.

—Quédate ahí —dijo Milton.

Tony se admiró de la rapidez con que su compañero abrió la verja. Le bastaron unos segundos.

—Adentro, Mike.

Cruzaron el patio y fueren hacia otra puerta que Milton abrió con la misma facilidad.

Atravesaron la nave y subieron por la escalera interior.

Para Milton no fue obstáculo la puerta siguiente ni las otras dos que encontró en su camino.

Al fin se encontraron en la oficina donde, según el plano, estaba la caja fuerte.

Milton sacó de la valija una linterna sorda y desparramó un haz de luz, deteniéndolo en la caja.

—Ahí la tienes, muchacho. Es tuya.

Tony sintió las fauces secas.

—Creo que no podré.

—Vete al infierno. Claro que puedes.

Milton sacó un revólver de la valija con él que apuntó a Tony.

—¿Quieres que apriete el gatillo? Te juro que no me faltan ganas. Solo me detiene el recuerdo de que eres el medio para llegar a ese dinero. Falla en la puerta y te juro qué te dejo seco.

Tony se dio cuenta de que Milton hablaba muy en serio. Lo balearía sin piedad si no abría la caja fuerte.

—De acuerdo, Milton.

Milton le iluminó el dial donde debía operar.

De nuevo Tony sintió aquella extraña sensación de poder para abrir aquellos artefactos. Otra vez sus dedos se movieron con facilidad, como si no fuese él quien mandase en ellos, sino una tercera persona, un ser misterioso y desconocido que en esos momentos ocupase su cuerpo.

¿Por qué le ocurría aquello? ¿Qué horrible misterio había tras él?

Oyó un chasquido y la puerta quedó abierta.

Milton le arrojó una bolsa.

—Vamos, llénala, rápido.

Dentro de la caja había centenares de fajos bien alineados. Eran billetes usados. Un buen botín.

Llenó una bolsa y Milton le arrojó a los pies la segunda.

—Date más prisa.

Llenó la segunda bolsa y entonces cerró la puerta.

—Toma una de las bolsas y échate atrás —ordenó Milton.

Volvió la cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

De pronto pensó que Milton podría disparar. Sería bueno para ellos. Hasta era posible que la idea no hubiese partido de Milton.

—Solo quiero tomar una bolsa —le oyó decir.

El cogió una de ellas y se la pasó por el hombro retirándose hacia la pared.

Milton cogió la otra bolsa.

—Vamos, Mike. Tú irás delante. No me fío de ti.

—¿Y por qué he de fiarme yo?

—Has de correr el riesgo. Soy el que maneja la pistola. Vamos. Echa a andar.

Iniciaron el camino de regreso.

No, tampoco encontraron ningún obstáculo. Raymond había calculado bien el tiempo con respecto a la ronda de los guardianes.

Cuando llegaron a la verja todo seguía en silenció.

—Bonito, ¿eh? —dijo Milton—. No hemos tenido que disparar un tiro, aunque de buena gana te hubiera quitado de la circulación. Pero eso habría alertado a los vigilantes.

—Cuida que no te retuerza el pescuezo.

Milton soltó una risita de sarcasmo.

—Será mejor que no amenaces. Ahora no nos haces falta para nada.

—¿Quieres que perdamos más tiempo? Raymond nos está esperando.

Caminaron hacia la torre que sostenía los cables de alta tensión.

Raymond estaba en el coche.

—Adentro, muchachos.

Ocuparon el asiento posterior y Raymond puso en marcha el vehículo.

Invirtió cinco minutos en llegar al lugar donde los esperaba Lina. Sacó el coche de la carretera introduciéndolo en el campo de maíz y luego los tres corrieron al automóvil de Lina.

—Te dejaremos cerca de donde se celebra el baile, Mike —dijo Raymond una vez estuvieron dentro.

—¿Todo fue bien? —preguntó Lina.

—De primera —contestó Milton.

—No estamos aquí para hacer comentarios —intervino Raymond—. Vámonos de una vez.

Lina apretó a fondo y el coche se alejó raudo.

Dos millas más allá, Lina se detuvo.

—Es aquí donde me dijiste, Raymond.

—Fuera, muchacho.

Tony saltó del coche e inmediatamente este continuó la marcha.

Tony apretó el paso encaminándose a la sala que había abandonado no hacía aún media hora.

—Quieto ahí, muchacho —oyó una voz tras de sí.

Se quedó inmóvil y luego, poco a poco, giró sobre los talones. Algo brillaba en la mano de aquel desconocido. Una pistola.

—¿Quién es usted?

—El hombre que te va a dar el premio… con plomo.

CAPÍTULO VIII

—¿Quién es usted? —repitió Tony.

—No te importa, muchacho.

Tony dio unos pasos hacia el tipo.

—Párate ahí.

Por un momento había pensado que el fulano fuese uno de los vigilantes de la fábrica de tractores, pero ahora tuvo la seguridad de que no tenía nada que ver con aquellos. Parecía frisar en los cuarenta años de edad y era de mediana estatura, cara alargada, ojos saltones y cejas rubias.

—Bueno, muchacho, echa a andar por dónde has venido.

—¿Para qué?

—Estamos demasiado cerca de ese sitio dónde están celebrando una fiesta y después de disparar quiero tener la seguridad de que no me van a dar alcance. Dobla hacia la izquierda. Un poco más allá tengo mi coche. Lo haré allí.

—¿Por qué me quiere matar?

—No hace falta que te enteres.

—Ha sido cosa de Raymond, ¿verdad?

—No conozco a ningún Raymond.

—¿Milton Wally?

—No te canses, muchacho. Anda, obedece.

Sí, pensó Tony. Aquello era cosa de Milton. Él no se había atrevido a disparar, pero había comprado a un pistolero profesional para llevar a cabo el trabajo de deshacerse de él.

—No te lo diré otra vez. Por mí, si quieres morir aquí, me da lo mismo. Tengo bastante tiempo para llegar hasta mi coche y salir de estampida.

Tony dobló por la esquina y emprendió el camino que el otro le había señalado.

Al fondo, a la derecha, vio él coche. Era el único que había en aquel trozo de calle.

Oía los pasos del hombre que lo amenazaba. Le había cedido una buena ventaja, unas tres yardas.

Fueron recorriendo la distancia que los separaba del vehículo estacionado junto al bordillo de la acera.

Tony acortaba poco a poco el paso. Ahora oía más cerca al otro asesino.

—Párate antes de llegar a la farola, junto al charco.

El charco al que se refería estaba a unas cinco yardas del coche. Tony se revolvió como una centella y saltó sobre el desconocido.

Logró sorprenderle. Indudablemente el tipo no tenía el dedo sobre el

gatillo y por ello no pudo disparar cuando lo atrapó por la muñeca.

Golpeó las rodillas contra el suelo, pero al mismo tiempo tiró del fulano.

Los dos rodaron por tierra.

Tony torció bruscamente la muñeca armada de su rival, quien lanzó un grito abandonando la pistola.

Tony la cogió rápidamente y apoyó el cañón en la frente del individuo.

—Se acabó, chico.

El otro desencajó más los ojos.

—No dispares, amigo.

—¿Ahora soy tu amigo, gusano?

—No pensaba matarte.

Tony le golpeó con el cañón en el maxilar inferior. El tipo dio un chillido encogiéndose como un ovillo.

—Dime tu nombre.

—Nino Walter.

—¿Quién te contrató?

—Adam Madison.

—¿Quién es Adam Madison?

—Un tipo que hace se ocupa de esas cosas.

—¿Cómo fue que te contratase para liquidarme?

—Yo no sé nada de eso. No sé por qué te quieren matar.

—¿Quieres decir que tampoco fue cuestión de Madison?

—No, él recibe los encargos.

—Crimen organizado, ¿eh?

—Ya te he dicho todo lo que sé.

—No, todavía no, Walter. Quiero saber más acerca de ese Madison.

—Solo puedo decirte que me contrató haciéndome una llamada telefónica al bar de Bill Canaro.

—¿Cuándo te hizo la llamada?

—Esta tarde a las cinco.

—¿Dónde puedo localizar a Madison?

—Oye, deja el agua correr.

Tony le volvió a golpear en el mentón con la pistola.

—¿Dónde?

Nino soltó un gemido.

—No me pegues más… Te lo diré…

—Suéltalo ya.

—En los billares de Rufus Colter, en la calle 69 Oeste.

—Descríbeme a Madison.

—Está por los cincuenta años y es bajo, de pelo canoso, piel cetrina, nariz chata, ojos muy separados.

Boxeó en su juventud. Tiene cicatrices sobre la ceja y en las mejillas.

—¿Estará allí ahora?

—Seguro. No sale del billar. Es su centro de operaciones.

—Bueno, Nino, debería matarte, pero te dejaré con vida, quizá porque estás en tu día de suerte. Pero me llevo tu coche.

—Claro que sí, puedes llevártelo.

Tony se apartó de Nino y fue hacia el coche ocupando el asiento del volante.

Puso en marcha el vehículo y de pronto brotó un fogonazo en la parte delantera y sintió el crujido de la bala contra el parabrisas.

Era Nino que había sacado otro revólver que llevaba en alguna parte escondido y estaba haciendo fuego contra él.

El coche ya estaba en marcha y lo lanzó sobre el asesino a sueldo.

Nino lanzó un aullido animal cuando el vehículo pasó por encima de él.

Poco después Tony corría por la carretera que conducía a Nueva York. La aguja del velocímetro señalaba las ochenta millas.

Cuando se encontró lejos de Centerville aumentó la velocidad.

Estacionó cerca del salón de billares.

Había mucha clientela a aquellas horas de la noche.

Se detuvo en el bar y pidió un *whisky* a un mozo de labio superior en el que faltaba un trozo de carne. Después de beberlo pagó una moneda de medio dólar, pero luego agregó dos billetes de a dólar.

—Busco a Adam Madison.

El otro tomó el dinero y dijo:

—Está jugando en la novena mesa.

Tony identificó enseguida a Adam Madison porque Nino le había hecho una buena descripción. Era un feo tipo con una fea cara.

Justamente estaba terminando la partida y ganaba él, Adam. Su competidor, un tipo larguirucho, estaba muy triste viendo como Madison hacía una y otra carambola en un rincón de la mesa.

—Ahí va la última, Nick —dijo.

Tiró a tres bandas y la hizo.

Luego dejó el taco sobre el tapete verde y alargó la mano hacia el larguirucho, quien le entregó un fajo de billetes.

Antes de que se hablase de desquite, Tony se acercó a su fulano…

—Hola, Madison.

Adam se volvió hacia él y lo miró.

—¿Nos hemos visto antes?

—Quiero hacerle unas preguntas.

—No me gusta dar respuestas.

—No quiero que me regale nada. Se las compro.

—Tony enseñó sus billetes.

Madison sonrió enseñando unos dientes manchados de nicotina.

—Eso es otra cosa.

—Vayamos a un sitio donde estemos solos.
—Venga a mí despacho.
Lo llevó a los urinarios. Tony se dijo que un tipo como Adam solo tenía derecho a un despacho como aquel.
Entró primero Adam y Tony lo hizo detrás y pasó el pestillo.
—¿Eh, qué hace? —dijo Adam.
Tony extrajo el arma de Nino.
—¿Sabes de dónde he sacado esta pistola, Madison?
—Eh, oiga, ¿es que está chiflado?
—Pertenecía a Nino Walter.
—¿Quién es Nino Walter?
—El hombre que comisionaste para que me liquidase.
—No le entiendo una palabra —dijo Adam haciendo una mueca.
Fue a pasar por junto a Tony para abrir la puerta, pero este le golpeó en los nudillos con el arma y Madison retrocedió lanzando un chillido.
—Eh, ¿qué le pasa a usted?
—Quiero la verdad, Madison.
—No sé a qué verdad se refiere.
—¿Quién te dio orden para que me matases?
En la frente de Adam se habían formado pequeñas gotas de sudor.
—No sé nada.
Tony le apuntó a la barriga.
—Eres un mal bicho, Madison. Si te meto un par de balas en la tripa muchas personas darán un suspiro de alivio.
—Eh, usted no hará eso.
—Claro que lo haré. Y va a ser ahora mismo.
—¡Espere!
—Solo me interesa una respuesta.
Adam Madison se mojó los labios con la lengua.
—El tipo se llama Thomas Marvin.
—¿Quién es?
—No lo sé y le juro que es cierto. Tampoco me interesa saber nada más de mis clientes.
—¿Dónde vive Thomas Marvin?
—En Manhattan.
—Maldita sea, no te detengas. Qué dirección.
—Edificio Walker, calle Houston, apartamento 37. Creo que es el número 590 o 592.
—¿Estará él allí ahora?
—Seguro.
—Bien, Adam. Vas a venir conmigo.
—¿Por qué? —saltó Adam.
—Quiero asegurarme de que no me has engañado.

—No le engaño.

—Me importa un rábano. Vendrás conmigo. Y apréndete bien la lección. No intentes ninguna jugarreta o te balearé sin vacilar.

—Corriente.

—Sal ya —Tony despasó el cerrojo—. Llevaré la pistola en el bolsillo y no apartaré la mano de ella.

—No se preocupe. Sé obedecer cuando me trae a cuenta.

—¿Llevas algún arma?

—No.

—Anda, sal.

Adam fue a salir, pero Tony le cogió rápidamente por la cintura y en un momento se apoderó del revólver que llevaba bajo la axila.

—Conque no llevabas armas, bastardo... ¿Estás seguro de que el edificio Walker es la buena dirección?

—Desde luego.

—Echa a andar y recuerda lo que te dije antes.

Atravesaron el local y ganaron la calle.

Poco después llegaban junto al coche de Nino y Tony obligó a Madison a ocupar el volante.

—Ten cuidado con las señales de tráfico.

Hicieron la carrera en unos quince minutos.

—Ocupa ese hueco, Adam —dijo Tony señalando el lugar que dejaba abandonado un “Chrysler”.

Adam condujo con habilidad hasta el lugar señalado.

—Bajaré por tu misma portezuela —dijo Tony—. Fuera.

Madison bajó pero apenas puso pie en tierra envió la puerta contra Tony, quien recibió un fuerte golpe cayendo hacia atrás en el asiento.

Cuando saltó vio correr a Adam por entre los peatones que circulaban por la acera.

Avanzó unos pasos, pero desistió al ver que Adam se alejaba muy deprisa.

Soltó una imprecación para sus adentros mientras observaba el edificio Walker enfrente. ¿Qué seguridad tenía de que Adam no le hubiese engañado?

Bueno, ya estaba allí. ¿Qué le costaba comprobarlo?

Cruzó a la otra parte y penetró en el edificio de apartamentos cuyo aspecto era muy lujoso.

Atendiendo el registro vio a un joven de unos veintitrés o veinticuatro años, de cabello rizado y cara infantil.

Antes de saludar, Tony sacó un billete de cinco dólares de su fajo y se lo puso al chico delante de las narices.

—Thomas Marvin.

El otro atrapó el billete y lo hizo desaparecer en su bolsillo.

—Habitación 37, tercera planta.

Subió en la jaula del ascensor a la tercera planta.

Echó a andar por el corredor alfombrado, se detuvo ante el apartamento 37 y apretó el pulsador.

Contó hasta diez segundos y la puerta le fue abierta por una mujer de espléndida hermosura. Era una pelirroja de unos veinticinco años de edad. Se cubría con un batín azulado que la entallaba mucho modelando sus curvas. Poseía un rostro de pómulos altos y boca grande, de labios rojos, sensuales.

—¿Señor Marvin?

La pelirroja lo justipreció con la mirada.

—Tom ha salido.

—Imagino que volverá pronto.

—¿No lo citó?

—Sí —repuso Tony porque pensó que le convenía esperar en la habitación.

—Tom no me dijo nada.

—Seguramente se le olvidó.

—Está bien, pase.

Tony entró en un vestíbulo bien amueblado.

—¿Un *whisky*? —dijo la pelirroja.

—De acuerdo.

La joven entró en la cocina.

Tony oyó el tintineo de la botella y los vasos.

Se dirigió resueltamente hacia una puerta la cual abrió. Era un dormitorio.

Aparto unas cortinas y vio ante sí un corredor. A la derecha había otra puerta.

Puso la mano en el tirador mientras, con la otra, apretaba la culata de la pistola.

Abrió bruscamente y saltó al interior de la estancia.

Quedó quieto sintiendo que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

A la derecha había una caja fuerte del mismo tamaño que la que había abierto en el apartamento de Raymond. Había otras dos cajas enfrente de distintos modelos y tres más al fondo. Cerca de un gran ventanal descubrió un caballete sobre el que había descansando un plano. Su corazón había aumentado el ritmo de los latidos. Tenía la sensación de que él había estado allí, de que él conocía todo lo que se encerraba entre aquellas cuatro paredes.

Se detuvo ante el caballete y observó el plano.

Sí, ahora su mente quería recordar algo.

De pronto oyó una voz a su espalda.

—¿Por qué ha entrado en esta habitación?

La pelirroja estaba en el umbral. En sus ojos chispeaba la furia.

—Oí un ruido y pensé que el señor. Marvin estaba aquí.

—Ya le dije que no se encontraba en el apartamento.

—¿Es usted su esposa?

—No, no soy su esposa.

—¿Cuál es su nombre?

—Rosie, Rosie Baxter...

—Hábleme de Marvin.

Ella entornó los ojos.

—Empiezo a creer que me ha engañado.

—¿Sí?

—Usted no lo conoce siquiera.

—No lo sé.

—¿Qué es eso de que no lo sabe?

—Quizá lo conozca. Le daré una respuesta cuando lo haya visto.

—Voy a llamar a la policía.

—No se lo aconsejo.

Ella dio media vuelta y echó a correr hacia el vestíbulo. Tony fue tras ella.

La pelirroja demostró ser muy ágil porque ya tenía el micro en la mano.

Tony la rodeó por la cintura y ella se volvió descargándole el auricular en la cabeza.

Tony recibió el golpe entre los dos ojos y cayó de rodillas en el suelo.

Atrapó a la pelirroja por una pierna y tiró de ella.

La joven se desplomó lanzando un grito.

Tony gateó hacia ella y le arrebató el auricular.

La pelirroja le tiró un zarpazo a la cara, pero él le pudo detener a tiempo la muñeca.

—Quieta, fierecilla.

Todavía estaba un poco mareado.

—Maldito sea... ¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué? Déjenos en paz.

—Escúchame, Rosie. Ese hombre que está hospedado aquí, Thomas Marvin, pagó a un hombre para que me liquidase.

—No sé nada. Déjeme en paz.

—Háblame de Marvin... He de saber a toda costa por qué quería mi muerte. Es muy importante para mí.

De pronto oyó una voz ronca a su espalda, a la entrada del apartamento.

—Yo mismo te lo diré.

CAPÍTULO IX

El hombre frisaba en los treinta y cinco años de edad y era muy alto, delgado, de cabello rubio, ojos verdosos, rostro de facciones enérgicas, mentón hendido por la mitad. Sus labios esbozaban una sonrisa y el motivo era obvio. Tenía una pistola en la mano derecha.

—Tom —exclamó Betty.

Tony se incorporó con movimientos lentos.

Tenía la mirada fija en la cara del rubio:

Sí, su cerebro pugnaba por devolverle la imagen de aquel hombre. Lo conocía. Sabía que lo conocía. Allá en su mente se había entablado una fuerte lucha entre las fuerzas que lo habían atenazado durante un año sumergiéndolo en un mundo de brumas, de oscuridad. Un rayo de luz se filtraba a lo lejos y se abría paso por entre aquellas nubes para que él pudiese ver, comprender.

—Thomas Marvin —dijo y luego repitió—. Thomas Marvin.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo el rubio.

La pelirroja corrió al lado de Marvin y este la abarcó por la cintura con el brazo libre.

—¿Qué ha pasado, Betty?

—Entró aquí diciendo que tú lo habías citado.

—Falso.

—Me di cuenta tarde, cuando estaba husmeando en el apartamento.

—¿Qué es lo que vio?

—Lo sorprendí en tu estudio.

Una venilla se hinchó en la sien izquierda de Marvin.

—Mi estudio —pegó un empellón a la pelirroja arrojándola contra la pared—. Maldita sea, ¿por qué lo dejaste entrar?

—Fui a servirle un *whisky*, Tom.

Tony seguía haciendo esfuerzos por recordar. Sabía ahora que aquel hombre jugaba un papel importante en el pasado que él intentaba resucitar. Y también había un significado para las cajas fuertes. No podía contestar a ninguna de las preguntas, pero todo estaba íntimamente relacionado, el hombre rubio llamado Thomas Marvin y las cajas que había en el estudio de aquel apartamento.

—Marvin —dijo con voz ronca.

—Dime, muchacho.

—¿Por qué no me ayuda?

—¿A qué?

—A saber quién soy.

—¿Todavía no lo sabes?
—No.
Thomas Marvin se echó a reír enseñando unos dientes blancos, parejos.
—Entonces, te irás a la fosa sin saberlo.
—¿Por qué, Marvin? ¿Por qué me quiere matar?
—¿Y eso qué importa? Los hombres deseamos la muerte de nuestros semejantes. No soy ningún monstruo.
—Ya comprendo, Marvin. Yo te estorbo.
—Quizá.
—Anda, explícamelo.
Marvin titubeó unos instantes. Sus labios seguían sonriendo.
—Está bien, chico. Te lo contaré.
—Empieza.
—Aquí no.
—¿Por qué aquí no?
—Lo comprenderás mejor en, otra parte.
—¿Qué diferencia puede haber?
—No te precipites, Tony. Las cosas deben ir por sus pasos contados.
—¿A dónde hemos de ir?
—Mantén la boca cerrada. Has de obedecerme en todo.
—Sí, Marvin.
—En primer lugar, te tengo que despojar de la pistola. Nena, ve por detrás de él y quítale la pistola.
La pelirroja echó a andar hacia Tony dando la vuelta para no cruzarse entre los dos hombres.
Tony fue a retroceder, pero el rubio lo siguió con el arma.
—Eh, no hagas eso o no hay nada de lo dicho. ¿Es que no te interesa saber quién eras antes? Deja que ella te quite la pistola. Un hombre que maneja armas puede ponerse nervioso, especialmente si se encuentra en una situación como la tuya.
Tony sacudió la cabeza en sentido afirmativo.
Entonces la pelirroja se acercó por detrás de él y lo desarmó.
—Tráela aquí —dijo el rubio.
Betty volvió a trazar un círculo.
Thomas sopesó la pistola que había pertenecido a Nino Walter y finalmente la guardó en el bolsillo de su chaqueta.
—Anda, Tony, ven aquí, nos vamos.
La pelirroja puso una mano en el hombro de Marvin.
—¿Cuándo vendrás, Tom?
—Muy pronto.
—¿No quieres que vaya contigo?
—Vete al diablo.
—Perdona, Tom.

—Me estás cansando, Betty. Te dije que nadie debía entrar en el apartamento.

—Yo creí que...

—Cierra el pico de una vez.

Los ojos de la joven se empañaron en lágrimas y se fue hacia el sillón.

Marvin apretó las quijadas.

—¿Qué haces ahí, Tony? Ya deberíamos estar en camino.

Tony echó a andar y Thomas se apartó para dejarle paso.

—Voy a guardar la pistola, Tony —advirtió Marvin—. Sabrás quién eres, pero si intentas librarte de mí, ignorarás para siempre cuál ha sido tu pasado.

—No te preocupes. Te jugaré limpio.

—Magnífico, muchacho —sonrió Marvin.

Salieron del apartamento yendo Tony delante.

Al llegar a la calle, Marvin le hizo una señal a la derecha.

Llegaron ante un "Ford" azul y blanco.

—Tú conducirás, Tony.

—No sé dónde ir.

—No te preocupes. Yo te lo diré.

Ocuparon el asiento delantero y Tony dio la vuelta a la llave de contacto.

—Echa a correr hacia el Washington Park.

Tony lanzó el coche por las calles.

—¿Un cigarrillo? —dijo Marvin.

Tony aceptó la invitación. Los dos encendieron con la misma llama.

Tony se dio cuenta de que Marvin siempre tenía una mano en el bolsillo, justo donde guardaba la pistola.

De pronto dobló el volante a la derecha.

Marvin se fue hacia la portezuela, pero sacó el arma.

—¡Maldito, no hagas eso!

—Iba a chocar contra un coche que iba a contramano.

—Historias, no. Tienes muchas ganas de desembarazarte de mí, ¿verdad, Tony?

—No tantas como tú de mí.

Marvin sonrió mientras el coche proseguía su camino hacia el Washington Park.

—¿Por qué la gente ha de ser tan estúpida? —dijo.

—¿A quién te refieres en especial?

—A todos, a Nino Walter, a Betty.

—¿A Adam Madison también?

—Sí, es posible que Adam Madison sea un estúpido. Solo yo he hecho bien las cosas. Por eso ocupo el sitio donde estoy, pero todavía iré más alto...

—Estamos llegando al parque Washington —le recordó Tony.

—Acércate al río, hay un camino a la derecha, un poco más allá de la última verja.

Tony pudo observar que aquella zona estaba sumergida en la oscuridad. Era un camino abandonado años atrás porque estaba lleno de baches.

—El coche se va a desencuadernar, Marvin —advirtió.

—No te preocupes por el coche. Se puede sustituir por otro.

—¿A dónde vamos ahora?

—Sigue hacia el río.

Poco después los faros iluminaron las oscuras aguas del Hudson.

—No podemos seguir —dijo Tony.

—Está bien. Apaga los focos y sigue avanzando unas yardas.

Tony así lo hizo.

Pero apenas hubo pisado el pedal del freno se lanzó sobre Marvin.

Atrapó la mano de Thomas en el momento que este disparaba el arma. La bala, desviada de su dirección, golpeó contra el techo. Luego Tony golpeó con el otro puño la quijada de Marvin.

El cigarrillo saltó de la boca de Thomas produciendo un reguero de chispas. Lanzó un quejido, pero no estaba acabado y proyectó una rodilla que golpeó en el estómago de Tony. Este saltó hacia arriba, pero de nuevo puso en marcha su zurda que estrelló contra las narices de Marvin. Este dio un gemido arrojando un chorro de sangre.

Tony le apretó la cabeza contra la portezuela y lo volvió a golpear, ahora en la sien.

Marvin dejó escapar el aire por entre los dientes y quedó sin sentido.

Tony recuperó su pistola y tomó la que había caído a sus pies, en la alfombrilla.

Abrió una de las gavetas y encontró en una de ellas un frasco de *whisky*. Bebió un trago y luego vertió el líquido en la boca de Marvin, quien tragó un poco y empezó a volver en sí.

Tony lo zarandeó.

—Anda, Marvin, despierta. Tengo que hacerte muchas preguntas.

Marvin lo enfocó con dificultad.

—Hijo de perra…

—Anda, Marvin, cuéntame ese pasado mío.

—No sabrás nada por mí.

Tony le aplicó el cañón del revólver en la barbilla.

—Marvin, ¿sabes lo que es un hombre desesperado? Ese soy yo. He estado viviendo durante un año en un mundo de locura. He luchado contra todo, pero quizá haya llegado al límite de mi resistencia. ¿Lo oyes? No puedo soportarlo más. Sé que tú tienes la llave de la puerta que me separa de mi verdadera personalidad. Niégate a abrirla. Anda, niégate a abrirla y

te juro que te vuelo la tapa de los sesos.

Vio el miedo reflejado en los ojos de Marvin.

—Está bien, no hace falta que dispares.

—Habla.

—Hemos de saltar de este coche para que yo pueda hablarte. Por eso te traje. Hay un lugar a veinte yardas de aquí que te permitirá conocer el secreto.

Tony titubeó unos instantes.

—De acuerdo, Marvin, pero ten cuidado. La pistola te está apuntando.

—Me interesa más vivir, Tony.

Marvin saltó del coche y Tony lo hizo a continuación, tras de él.

El aire estaba impregnado del olor del río.

—¿Dónde es? —preguntó Tony.

—Sígueme.

Echó a andar hacia la orilla.

Tony vio un montón de rocas.

—Hay una especie de escalera de piedra —dijo Marvin—. Ya no se usa.

Siguieron andando y poco después llegaron a la escalera de piedra a la que Marvin se había referido.

—Es ahí abajo.

—¿Qué hay ahí abajo? No veo nada.

—Una cueva. Cuando lleguemos allí empezarás a saber la verdad.

—Magnífico. Bajemos.

Marvin bajó por la escalera seguido a muy poca distancia por Tony, quien vio la negra boca de la gruta.

—Hay una antorcha a la entrada —dijo Thomas.

—Enciéndela.

Thomas prendió un fósforo y se movió hacia la pared de la izquierda.

La antorcha estaba introducida en una ranura de las rocas y produjo una gran llama que iluminó la cueva. Era espaciosa, grande, más ancha por el interior. Al fondo, Tony vio un par de cajones y latas de conserva que estaban vacías.

De pronto Marvin arrojó la antorcha con todas sus fuerzas sobre Tony. Este se apartó bruscamente, pero no impidió que la tea le golpease en el hombro.

Tuvo mala fortuna, porque tropezó contra una de las piedras que había detrás y se vino abajo.

Marvin ya había saltado sobre él. Tenía una piedra en la mano.

Tony se revolvió con la pistola, pero en ese momento Thomas le golpeó con la piedra entre el cuello y la oreja.

Sintió un profundo dolor y se dio cuenta de que había perdido la pistola. Levantó el puño y con eso evitó que Thomas le machacase la frente.

Estaba en inferioridad de condiciones porque se encontraba mareado. Se aferró al brazo armado de Marvin para evitar que lo alcanzase por segunda vez.

Vio ante sí la cara de Marvin surcada por un gesto de furia vesánica, los ojos inyectados en sangre, la boca babeante…

Dieron vueltas por el suelo.

Y entonces Tony, mientras estaba peleando por su vida, empezó a recordar quién era él, su nombre… Era James Nolan; sí, él era.

CAPÍTULO X

Jimmy Nolan terminó de guardar su ropa en la valija.

En ese momento oyó el zumbador de la puerta y fue a abrir.

Era Thomas Marvin.

—Hola, Jimmy, ¿listo ya?

—Sí, dispuesto. ¿Un *whisky* antes de partir?

—Estupendo —dijo Thomas Marvin sonriendo.

Mientras Jimmy preparaba los whiskies, Thomas Marvin ocupó un sillón y tras encender un cigarrillo inquirió:

—¿Llevas los planos?

—En la cartera.

—Me gustaría echarles un vistazo.

—La tienes delante, en la mesa. Los planos están en el primer compartimento.

Marvin extrajo los planos y se puso a examinarlos.

—Esta caja fuerte es magnífica. Creo que causará sensación a los fabricantes de Detroit.

—Lo mismo digo yo.

—Siempre pronostiqué que llegarías a triunfar.

—Tú también, Tom. Has logrado escalar un alto puesto en la fábrica donde trabajas. Ya me he enterado que gozas de la estimación de tus jefes.

—Te equivocas.

—¿Cómo?

Thomas Marvin sonrió amargamente.

—¿Te acuerdas de nuestros tiempo de estudiantes en Nebraska?

—¿Cómo voy a olvidarlos? —sonrió Nolan y fue haca él con los vasos de *whisky*.

Thomas bebió un trago y entornó los ojos.

—Yo era el número uno de la clase, el talento, el alumno con más brillante porvenir. Todos los profesores me consideraban como el futuro genio de la mecánica. Iba a ser un ingeniero, una gloria nacional.

A Jim Nolan no le gustó el giro que había dado Marvin a la conversación.

Le palmeó la espalda.

—Has hecho cosas buenas, Tom.

Marvin sonrió con sarcasmo.

—Pasen, señores, y verán al talento de la ingeniería americana, el inventor de la perfecta pinza para el ama de casa. ¿Han oído ustedes hablar de la botella con tapón irrellenable?... ¡Este es el cerebro de donde

salieron tan brillantes ideas...! ¡Thomas Marvin!

—No me gusta que digas esas cosas. Creo que todo hombre en el mundo está para ayudar a sus semejantes, para hacer mejor la vida de los demás, y tú has contribuido a ello indudablemente.

Marvin lo miró con los ojos llenos de furia.

—¡No te burles, Jim!

—Eh, ¿qué te pasa, Tom? No me burlo.

Marvin se mojó los labios con la lengua.

—Perdona, Jim, estoy furioso.

—Deberías tomar un descanso.

—¿Más del que tengo?... ¿Sabes cuánto trabajo a la semana? Cuatro horas. Sí, cuatro horas... ¿Para qué voy a trabajar más? Tengo muchos ayudantes en la fábrica, más de una docena... ¿Sabes en qué nos ocupamos ahora? En conseguir un nuevo encendedor. Hermoso, ¿verdad?

—Oye, Tom, si no te gusta eso, quizá te pueda ayudar.

—¿Tú?

—Si aceptan mis planos, necesitaré a mí lado a un hombre con experiencia. Tú la tienes.

—Eres muy generoso.

—Sé que vales y quiero demostrártelo a ti mismo. ¿Por qué has de ser derrotista? Las circunstancias de la vida te empujaron a aceptar ese empleo.

—Yo soy el responsable. ¿Por qué tuve que aceptar enseguida la primera oferta? ¿Por qué?

—Te hicieron una buena proposición.

—También te la hicieron a ti y tú la rechazaste. Preferiste marchar a Europa, seguir estudiando como un alumno más a pesar de tu título de ingeniero electrónico. Sé que pasaste hambre en París y que para ir allí tuviste que empeñar todo lo que tenías. Pero tú fuiste a París y Viena. ¿Qué hacía yo mientras tanto en Nueva York? Darme una vida magnífica, reuniones, fiestas... ¡Aquí tienen a los dos, señores! El hombre consciente de su vocación que no claudicó ante nada, James Nolan, y al tipo que prefirió los halagos, la vida fácil, Thomas Marvin.

—Eres demasiado severo contigo mismo, Tom. Marvin cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Perdona, te estoy amargando tus últimos minutos en Nueva York, esos minutos que van a proceder a tu consagración.

—Eh, todavía no han aceptado mi caja fuerte.

—Pero ya han visto los planos.

—No, no los han visto.

Thomas lo miró con la boca abierta.

—Pensé que habrías mandado un avance de tu descubrimiento.

—Un profesor francés me puso en guardia contra los robos, ya sabes,

uno manda un plano, te copian la idea y luego se acabó.

—Sí, Jimmy. Has hecho bien.

—Bueno, siento no disponer de más tiempo. He de estar en Detroit mañana.

—¿Cómo harás el viaje?

—En mi coche.

Marvin se puso en pie.

—Oye, se me está ocurriendo una idea, Jim.

—¿Sí?

—¿Por qué no dejas que te acompañe?

—¿Puedes hacerlo?

—Claro que sí. ¿No te dije que dispongo de todo el tiempo que quiera? Bastará conque pase por mí apartamento y en cinco minutos dispongo mi valija. Dejé el coche abajo. Te adelantaré un par de millas y vienes a recogerme. ¿De acuerdo?

—Sí, Tom.

Marvin dejó el vaso sobre la mesa y se marchó hacia la puerta.

—A propósito, Jimmy, un amigo me encargó le buscase un apartamento que contase con un buen estudio.

—No hace falta que busque más. He dejado el apartamento. Mañana mismo tu amigo lo puede tener a su disposición.

—¿Tienes ya alojamiento en Detroit?

—Me hospedaré en un hotel.

Thomas sacudió la cabeza…

—¿Sabes una cosa? Me pregunto por qué no te has casado. ¿Cómo has podido resistir tanto tiempo sin familia y casi sin amigos?

—Lo importante para mí era perfeccionar mi invento.

Jimmy se arrepintió de haber dicho aquello teniendo en cuenta la crisis que estaba pasando Tom. Pero este le obsequió con una sonrisa.

—Muy pronto vas a recibir la recompensa a tus esfuerzos y yo seré el primero en alegrarme.

—Gracias, Tom.

—Hasta ahora.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Jimmy hizo un registro por si olvidaba algo, pero había vaciado todos los cajones.

Entregó las llaves al encargado y se despidió de él.

No necesitó llegar hasta el apartamento de Thomas Marvin. Lo vio en la calle con la valija en la mano.

—Aquí me tienes, muchacho —dijo Tom.

Puso la maleta en el portaequipajes y ocupó el asiento junto a Jim. Inmediatamente, iniciaron el viaje.

Cruzaron el río por el túnel Lincoln y corrieron hacia Hoboken para iniciar el camino del Oeste.

—Jimmy, ¿qué harás cuando hayas triunfado?
—Me tomaré unas vacaciones.
—¿En dónde?
—En Europa. Quiero volver a los sitios que recorría cuando no tenía un centavo en el bolsillo.
—Pero esta vez podrás gastar sin límite.
—Sí, creo que sí.
Marvin encendió un cigarrillo. De vez en cuando miraba por el cristal de la portezuela, Estaban cruzando una zona oscura más allá de Hoboken. Apenas circulaban coches por allí.
Metió la mano en el bolsillo derecho y la sacó con una pistola.
—Jimmy —dijo.
Jimmy Nolan arrugó el ceño al verlo con el arma en la mano.
—¿Qué pasa, Tom?
Permanecieron así un rato, pero Jim tuvo que mirar hacía el camino que llevaban.
—Lo siente, Jim —dijo Marvin.
—¿Qué es lo que sientes?
—Lo que voy a hacer. Anda, echa por el primer camino vecinal que veas a la derecha. Hay muchos por aquí.
—Oye, Tom, estás nervioso. Guarda esa pistola…
—Obedece.
—No te comprendo.
—Te voy amatar, Jimmy.
—Es por el invento, ¿eh? Lo quieres para ti.
—Exactamente, Jimmy. Es lo que yo hubiese deseado sacar de mi cerebro. Tú lo has conseguido.
—Tienes talento, Tom. Puedes lograr mejores cosas si te sacrificas un poco.
—Eso es lo malo, que no estoy acostumbrado a sacrificarme como tú. Y ahora es demasiado tarde para empezar. He probado la buena vida y me gusta. Seguiré en ella y eso te lo voy a deber a ti. Ahora tendré todo el respeto que hubiese deseado. Se acabaron las pinzas para las amas de casa, el tapón y demás zarandajas. Voy a ser el inventor de la mejor caja fuerte que se haya podido lanzar al mercado.
—Reflexiona, Tom, solo estás diciendo barbaridades.
—¡Maldita sea, gira por ese camino!
Jimmy obedeció.
Tom se echó a reír.
—El Destino te ha puesto en mi camino, Jimmy. ¿Te das cuenta? No tienes padres, esposa, hijos. Ni siquiera una prometida. Nadie va a sentir tu muerte.
—Todos los criminales cometen un fallo.

—Yo, no, Jimmy. Voy a llevar a cabo el asesinato perfecto. Y fíjate lo que son las cosas. No voy a necesitar mucho para lograrlo. Todo el mérito te corresponde a ti.

—No lo hagas, Tom.

—Anda, para ya el coche.

Jimmy apretó el pedal del freno y el vehículo se detuvo gimiendo sobre las ballestas.

—Oye, Tom, he dedicado diez años de mi vida a las cajas fuertes, estudiando los mecanismos que se han inventado a lo largo de la historia.

—Enhorabuena.

—Esta caja que acabo de inventar es solo el comienzo. Mi sistema necesita perfeccionarse.

—No te preocupes, es cuenta mía.

—No podrás hacerlo, Tom. Te hablé de que tomaría unas vacaciones en Europa, pero a mí regreso pensaba continuar mi esfuerzo.

—Bueno, para qué trabajar más si ese modelo es casi perfecto... Sal fuera, Jimmy.

Se movió hacia el lado de Nolan y le aplicó la pistola en el costado.

Jimmy saltó del coche y Tom lo hizo tras él.

—No te muevas y bastará con una sola bala —dijo Tom alzando la pistola—. Será en la cabeza.

Jimmy apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Tom, por última vez. Desiste.

Marvin sonrió mientras se disponía a disparar.

Jimmy supo que iba a apretar el gatillo e intentó luchar por su vida. Saltó sobre él.

Oyó un estampido y la bala silbó junto a su cabeza.

Los dos cayeron contra el coche. Tom levantó el brazo y Jimmy estrelló la cabeza contra el borde del estribo.

Sintió que un frío terrible le congelaba los huesos Pensó que la vida lo abandonaba y perdió el sentido.

Dos horas más tarde, David Fletcher, dueño de una estación de servicio en las afueras de Centerville, vio llegar a un hombre a través de la cristalera de la ventana. Tenía la cabeza llena de sangre.

David saltó del sillón y salió fuera.

El hombre avanzaba a trompicones, tambaleándose.

—¿Eh, qué le pasa? —dijo Fletcher.

Era un joven de unos veintisiete años, de cabello rubio, cubierto de barro. Lo vio detenerse frente a él y de pronto puso los ojos en blanco y se desplomó sin conocimiento en el suelo.

Fletcher se agachó sobre él y le puso la mano en el corazón. Percibió los débiles latidos. Aquel hombre estaba muy grave.

Corrió a la oficina y llamó al hospital pidiendo urgentemente una

ambulancia.

Fue otra vez al lado del hombre y le registró los bolsillos porque se le ocurrió pensar que tenía que avisar a sus familiares, pero no le encontró nada. Todos los bolsillos estaban vacíos.



Tenía una pistola en la mano derecha

CAPÍTULO XI

Jimmy Nolan, el hombre que durante un año solo había tenido un nombre, Tony, y que había trabajado en una estación de servicio sin conocer su pasado, evitó una vez más que Thomas Marvin lo alcanzase con la piedra. Luego le incrustó la derecha en la boca. Sintió como cedían sus dientes. Luego, lleno de ira, le siguió golpeando en los pómulos, en la cara, machacándole la nariz.

Pero Marvin no estaba acabado y era un loco.

Lo proyectó hacia atrás librándose de él.

Jimmy rodó por el suelo. Vio que Marvin estaba gateando hacia el lugar donde había quedado la pistola.

Jimmy sabía que él tenía otra en el bolsillo. La sacó e hizo fuego justo cuando Marvin se volvía para disparar.

Thomas recibió el proyectil en el pecho y lanzó un grito, desplomándose.

Jimmy avanzó sobre él y pegó un patadón al arma que su antiguo compañero había pretendido emplear contra él.

Marvin no estaba muerto aunque respiraba entrecortadamente. Su cara estaba bañada en sangre pero sus ojos habían perdido el brillo homicida.

—Jimmy.

—¿Qué hay, Tom?

—Creo que me muero.

—Tengo el coche fuera. Te llevaré a un hospital.

—Demasiado tarde. Estamos muy lejos.

Jimmy cogió las armas que guardó en el bolsillo, se agachó sobre Tom y lo echó sobre el hombro.

Mientras salía de la cueva, advirtió que Marvin había perdido el sentido.

Depositó a Tom en el asiento delantero y él se puso al volante. Enseguida se alejó del río.

Thomas se movió recuperando el conocimiento.

—Jimmy, ¿estás ahí?

—Sí, ya te llevo al hospital.

—No hay nada que hacer.

Jimmy no dijo nada.

—Jimmy… ¿te he hecho mucho mal, verdad?

—Ya todo ha pasado.

—Me aproveché de tu invento… He ganado mucho dinero.

—Olvídalo.

—Te di por muerto, ¿sabes? Estrellaste la cabeza contra el estribo de tu

propio coche… Te arrastré hasta una cantera abandonada. Por lo visto no llegaste abajo.

Ahora Jimmy, lo recordaba. Sí, cuando volvió en sí un año atrás se había encontrado en un abismo. Lo habían echado a rodar pero unos arbustos lo habían detenido en su camino hacia el fondo. Luego había subido trabajosamente y emprendió el camino en busca de alguien y así había llegado hasta la estación de servicio de Fletcher.

—Me enteré de que estabas vivo —dijo Thomas—, pero decían que había perdido la memoria… De buena gana hubiese vuelto para rematarte, pero pensé que era peligroso. Después de todo, mi invento había sido admitido y tú no podías hacer nada contra mí. Yo lo habría negado todo… Sí, resultó bien, pero tenemos una conciencia. No he podido ser feliz desde entonces, ¿y sabes por qué? Porque tú vivías, maldita sea, tú vivías. De noche me despertaba con pesadillas y tú presidías esos sueños, tú, acusándome con el dedo. Al fin decidí matarte. Decidí matarte. Yo no lo haría… Bastaría comprar a un pistolero profesional que hiciese el trabajo por mí…

—Calla ahora.

Thomas hundió la barbilla en el pecho.

El orificio de la bala estaba muy cerca de su corazón.

La mente de Jimmy era un torbellino y cada cosa ocupaba su sitio. Ahora sabía quién era y podía suponer muchas cosas, como por ejemplo, lo que había ocurrido con respecto a la pandilla de Raymond.

Necesitaba moverse muy aprisa.

Estacionó el coche a la entrada del hospital de San Vicente.

Subió la escalinata y se introdujo por la puerta yendo hacia el registro donde había dos mujeres con bata blanca.

—Oiga, señorita —se dirigió a una rubia—. Hay un hombre gravemente herido en un coche a la puerta. Tiene una bala en el pecho.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la salida.

—¡Eh, espere! —dijo la rubia.

Pero Jimmy, en lugar de esperarse, imprimió velocidad a las piernas.

Bajó la escalera más rápidamente que la había subido y echó a correr calle adelante.

Aminoró el paso cuando vio que no le seguían.

Poco después tomaba un taxi a cuyo conductor dio la dirección donde Raymond había dejado estacionado el coche con el botín del asalto.

Dos números antes despidió al taxi y pagó el importe de la carrera.

Observó la casa de dos pisos rodeada de un jardín.

No, no era un garaje como había dicho Raymond, pero había una cochera a la derecha cuyas puertas estaban cerradas. En ninguna de las ventanas había luz.

Jimmy sintió que las tripas se le anudaban pensando en que Raymond

lo hubiese engañado. ¿No era eso, después de todo, natural?

De todas formas abrió la cancela del jardín y se dirigió al porche.

Apretó un botón.

Esperó con la mano en el bolsillo donde guardaba la pistola.

Al poco rato se iluminó una de las ventanas.

Oyó pasos y la puerta fue abierta por una mujer seca, de nariz aguileña, que su cubría con un batín mugriento. Bajo él mostraba el camisón.

—¿Qué pasa? ¿Quién es usted?

—Busco a Raymond.

—Aquí no vive ningún Raymond.

—Perdone, señora.

—Señorita —dijo ella levantando la barbilla.

—Le daré la descripción de mi amigo —Jimmy se la dio.

—No, señor. No lo conozco —dijo la mujer meneando la cabeza.

—¿Qué hay en la cochera?

—Oiga, ¿quiere dejar de molestar? En la cochera tenemos mi automóvil.

—Voy a echarle un vistazo.

—Oiga, mi hermano está enfermo en la cama. Si no se marcha ahora mismo llamaré a la policía.

Jimmy sacó la pistola.

—Lo siento, señorita, pero quiero las llaves de esa cochera.

La mujer desencajó los ojos.

—No dispare.

—No pienso hacerlo. Deme las llaves.

—Sí, señor. Ahora mismo.

La mujer se introdujo en la casa y él fue detrás.

Por lo alto de la escalera llegó la voz de un hombre.

—¿Qué pasa, Edith?

—Nada, Spencer. Es solo uno de nuestros vecinos. Jimmy aprobó la respuesta con una cabezada.

Edith tomó un bolso de un sillón y extrajo nerviosa unas llaves que alargó a Jimmy.

—¿Qué me dice de Raymond?

La mujer contestó con voz temblorosa.

—Le juro que no conozco a ningún Raymond Debe estar equivocado.

—Está bien, acompáñeme.

Fueron los dos a la cochera, la mujer cerrando el escote del batín.

Jimmy abrió el garaje. Dentro había un automóvil “Ford” modelo de cinco años atrás. El recinto era estrecho y el suelo de cemento. No estaba el coche de Raymond y, en segundo término, el jefe de la pandilla no habría encontrado un lugar menos a propósito para esconder un botín que se elevaba nada menos que a un cuarto de millón.

—Perdone, señorita —dijo Jim y salió rápidamente de allí.

Se metió en el primer bar que encontró en el camino y fue directamente a la cabina telefónica.

Tras buscar un rato en la guía, marcó el número de Raymond.

Oyó a la otra parte el zumbido de la señal una, dos, tres veces.

Mordióse el labio inferior. Naturalmente, a aquellas horas, Raymond y los demás estarían muy lejos de Nueva York. Se habían valido de él para realizar el robo. Ellos, de una forma u otra, se habían enterado de su habilidad con las cajas fuertes y por ello habían construido la historia dándole la personalidad de Mike Baynard. Sí, Raymond había sabido jugar bien sus naipes.

Incluso su última jugada había sido maestra. Naturalmente, había contado con la colaboración de los otros dos trúhanes, Lina y Milton. Recordaba la comedia que habían representado el día anterior en el apartamento de Raymond, cuando él quiso saber el lugar en donde dejarían el botín. Milton había protestado exigiendo a Raymond que no se lo comunicase y Raymond perfeccionó su actuación dándole una dirección falsa.

De pronto tomaron el auricular a la otra parte.

—¿Sí?

Era la voz de Lina.

—Nena, soy Mike.

—¿Qué ocurre?

—He estado pensando en lo que me dijiste.

—¿De veras?

—Ahora sé lo que me conviene.

—¿Y qué es lo que te conviene?

—Tú y el cuarto de millón. Así lo tendré todo.

—¿Por qué, Mike? ¿Por qué has cambiado?

—Un hombre a veces tiene la mente confusa.

—Creo que te entiendo. Es ella. La millonaria Shirley. Te ha enviado al diablo.

Jimmy quedó sin habla unos instantes. Finalmente dijo:

—Está bien, fue eso.

—Debería mandarte al infierno, Mike.

—Hazlo, quizá lo merezca.

—Pero el caso es que me sigues gustando.

—Estupendo, Lina.

—Bien, Mike. Lo haremos esta noche. ¿Estás preparado?

—Desde luego.

—¿Dónde estás?

—En Nueva York... Me cansé del baile de la policía.

—Te diré a dónde debes ir.

—Al garaje de la calle Clinton —le interrumpió él para saber si ella le estaba jugando limpio.

—No seas tonto.

—¿Por qué no?

—Allí no está el dinero.

—¿Cómo?

—Te dieron una dirección falsa.

—Ese canalla…

—Y te voy a decir otra cosa. Iban a prescindir de ti, Raymond tiene preparado el viaje para el amanecer.

—¿A qué hora?

—A las seis. Solo lo íbamos a acompañar Milton y yo. Tú te habrías quedado. Ya te explicaré luego. Ahora, escúchame, Mike… Raymond llevó realmente el botín al número 172 de la calle 127, en Harlem. Los acompañé hasta allí y pude apreciar que era una vieja casa. Contrató a dos negros. Raymond ha quedado en venir a recogerme. Dijo que tenía que hacer unas cuantas cosas de modo que nosotros acudiremos a última hora. Has de ventilártelas tú.

—No te preocupes. ¿Dónde está el dinero?

—En una de las habitaciones de arriba. Es un dormitorio. Hay un corredor, segunda puerta a la derecha.

—¿Eso es todo?

—Ten cuidado. Si te descubren te matarán sin pestañear.

—No te preocupes, nena. Sabré hacerlo por mí mismo.

—Han cambiado el escondite del dinero. Ahora ya no está en las bolsas, sino en una valija de cuero negro que encontrarás debajo de la cama, en la habitación que te he dicho. Cuando lo consigas vete a la estación Gran Central. Yo acudiré a la taquilla de Buffalo.

—Sí, Lina.

—Suerte, Mike.

CAPÍTULO XII

Un brazo emergió de la oscuridad.

—¿Una limosna, hermano?

Era un negro viejo de barba blanca, desdentado.

Jimmy puso un dólar y continuó su camino por la calle 127.

Cómo le había dicho Lina, el número 172 correspondía a un edificio muy viejo. Contaba con una angosta entrada, cuya puerta estaba cerrada. Para llegar a ella había que subir una escalera de piedra.

Vio luz en una de las ventanas del primer piso, a la derecha.

Torció por la esquina.

Un poco más allá había un bar.

Entró en él. La mayoría de la clientela era gente de color.

Ocupó una mesa junto a una ventana desde la que alcanzaba a vigilar la casa donde estaba el botín de los doscientos cincuenta mil dólares. Sí, él podía llamar a la policía pero, ¿qué explicación iba a dar con respecto a su comportamiento en el asalto de la fábrica de Centerville? Lo había hecho en la creencia de que efectivamente él era Mike Baynard, un homicida, y ahora acababa de descubrir su verdadera personalidad.

Se dio cuenta de por qué le había repugnado la compañía de Raymond y por qué había vacilado tanto antes de cometer aquello. Raymond, para arrancarle su conformidad tuvo que echar mano a un plan minuciosamente fraguado. Raymond había armado pruebas falsas contra él amenazándolo con entregarlo a la policía si no prestaba su colaboración. Por ello se había impuesto aquella misión, rescatar el dinero para devolverlo a sus legítimos dueños y ajustar las cuentas con Raymond y su pandilla. Naturalmente, Lina solo era una ambiciosa, una mujer que se valía de él para lograr todo el botín.

De pronto vio que la puerta de la casa se abría. Un hombre salió por el hueco. Y justamente vino hacia el bar. Lo vio entrar. Era un negro enorme. Debía de medir cerca de los dos metros y sus brazos y piernas eran poderosos.

Se llegó al mostrador y puso una botella vacía encima.

El mozo lo atendió llenando la botella de ron.

El mastodonte pagó con unas monedas y empezó a andar otra vez hacia la salida.

Jimmy apuró de un golpe el contenido de su vaso y al pasar por la barra dejó una moneda de a dólar.

Salió a la calle en seguimiento del negro.

Deslizóse sigilosamente hacia la escalera que ya estaba subiendo el

gigantón. Este se detuvo ante la puerta, sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura.

Jimmy se echó sobre el negro apretándole el cañón de la pistola en la columna vertebral.

El negro se quedó rígido y empezó a volver la cabeza.

—Abre la puerta, muchacho. Da un grito de alarma y disparo.

El negro volvió a mirar al frente, abrió la puerta y pasó al interior.

Jim lo hizo inmediatamente cerrando tras de sí.

Vio un pequeño vestíbulo y la entrada de una habitación. Al fondo había una escalera cubierta por una sucia y raída alfombra.

—¿Dónde están tus compañeros?

—Arriba.

—¿No hay nadie abajo?

—No.

—Será mejor que no me engañes. Las balas hacen mucho daño.

El negro sacudió pesadamente la cabeza.

—Es la verdad. Leslie está arriba.

—Está bien. Tú irás delante.

El negro subió por la escalera seguido por Jimmy.

Arriba se encontraron con un corredor.

El negro fue a entrar en la primera puerta.

—No, ahí no, muchacho. Ahí no está Leslie. Vete a la segunda puerta.

El negro hizo un gesto afirmativo y caminó por el corredor deteniéndose ante la puerta que Jim le había dicho.

—Ábrela.

El negro puso una mano en el tirador y abrió.

Jim le soltó un empellón enviándolo por el hueco.

Sí, allí estaba el otro negro tendido en la cama y al alcance de su mano tenía una enorme pistola, sobre una silla.

Al ver entrar a su compañero y tras de él a un desconocido, se levantó de un salto dejando caer la zarpa derecha sobre el arma.

—No hagas eso, Leslie —le amenazó Jimmy.

Leslie se estuvo quieto. Sus ojos miraron con rencor a su compañero.

—¿Qué ha pasado, Jonas?

—Me sorprendió.

—Maldita sea, debí ir yo por el ron.

Jimmy se acercó a la silla y tomó el arma que arrojó al otro lado de la habitación.

—Tú, Leslie, agáchate y saca la valija.

—¿Qué valija?

—La que hay debajo de la cama.

—Ahí no hay nada.

—Haz lo que te ordeno o aprieto el gatillo.

Leslie se mojó los gruesos labios con la lengua.

—No hace falta que lo haga. Le sacaré la valija.

—Así se habla.

Leslie se puso de rodillas ante el lecho y metió la mano por el hueco. Tiró de la pesada valija. Era efectivamente de cuero negro. Todo coincidía. Lina le había dado la información exacta.

—Empújala hacia acá —dijo Jim.

Leslie se enderezó y empujó la valija con el pie hacia Jimmy.

—Anda, Jonas —ordenó Nolan—. Tómala entre tus brazos. Me ayudarás a llevarla hasta un taxi. Es demasiado peso para mí.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? —dijo Leslie.

—Tú te quedas aquí. Te encerraré con llave, no te preocupes. Cuando venga Raymond le cuentas la historia que quieras.

Leslie se dejó caer otra vez en la cama.

—No he sido yo el culpable. Ha sido cosa de este bastardo de Jonás.

—Echa a andar, Jonás.

El negro que lo había conducido desde el bar hasta allí tomó la valija entre sus brazos y se dirigió hacia la puerta.

Jimmy se arrimó a la pared para evitar cualquier sorpresa.

Primero salió Jonás y luego lo hizo Jim.

—Párate ahí —dijo.

Hizo girar la llave cerrando la puerta.

Luego se volvió señalando con la pistola el camino de la escalera.

—Continúa, Jonás.

De pronto oyó una voz tras de sí.

—¿Tienes mucha prisa, muchacho?

Era la voz de Milton. Hubiese podido volverse rápidamente y apretar el gatillo, pero Milton le estaría apuntando con un arma y no vacilaría en disparar apenas se moviese.

—Hola, Milton.

Jonás dejó la valija en el suelo y se echó a reír enseñando unos dientes como paletas.

—Anda, Mike, deja caer esa pistola en el suelo. ¿O quieres morir enseguida?

—Quiero durar todavía un poco —repuso Jimmy y abrió la mano dejando caer el arma al suelo.

Jonás rio estremeciendo los hombros.

—Fue bueno, Milton.

—Calla, estúpido, y abre la puerta para que salga Leslie.

Jonás pasó por junto a Jimmy y de pronto le soltó un trallazo a la cara.

Jimmy se fue contra la pared y se derrumbó.

Sacudió la cabeza porque había quedado seminconsciente. Cuando logró incorporarse, Leslie ya había salido por la puerta.

Milton le estaba apuntando con el amia.

—Te quisiste pasar de listo, ¿eh, Mike? Ahora que recuerdo, tú no sabías el lugar del botín... ¡Inflemos, ha sido Lina!

—No seas estúpido, Milton. Os seguí desde Centerville.

—Y un cuerno. No pudiste hacerlo porque nosotros nos marchamos muy aprisa—. Milton sonrió—. Sí, ha sido la rubia... Cuando se entere Raymond, se va a divertir mucho.

Justo en ese momento se oyó la voz de Raymond.

—¿Qué pasa aquí?

Había entrado en la casa sigilosamente porque nadie lo había oído. Sus ojos brillaban mucho observando a Jimmy Nolan.

—Hola, Mike. No esperaba encontrarte aquí.

—Pregúntale a Lina —dijo Milton—. Ella te dará todas las respuestas.

—Cien a él pico, Milton.

—Te advertí que no te fiases de ella.

—¡He dicho que te calles, maldita sea!

Milton sacudió la cabeza rezongando.

—Está bien, callaré.

Raymond caminó hacia Jimmy Nolan y se detuvo ante él observándose las uñas.

—Mike, ¿qué ha pasado?

—Os seguí —repitió el joven.

De pronto, Raymond le disparó el puño a la cara Jimmy apartó la cabeza y contestó con un zurdazo. Raymond se desplomó sobre los cuartos traseros.

Leslie se abalanzó sobre Jimmy pero este lo recibió con un trallazo en el hígado enviando al negro a la habitación de donde había salido.

Jonás también se incorporó a la pelea y llevó la mejor parte, porque Jimmy había quedado en mala posición después de haberse desembarazado de Leslie.

Golpeó con los dos puños en el estómago de Jim y este se vino hacia delante. Entonces Jonás le golpeó en la nuca y el joven estrelló la cara contra la alfombra.

No llegó a perder el sentido.

Jonás lo tomó en brazos y lo introdujo en la habitación arrojándolo sobre la cama, donde rebotó golpeando las espaldas contra la pared.

Milton se echó a reír.

—Bueno, Raymond, ¿qué piensas hacer con Lina?

—Le ajustaré las cuentas, descuida.

Jimmy les dirigió una mirada.

Raymond tenía el labio inferior partido y de vez en cuando se restañaba la sangre con un pañuelo.

—¿Me escuchas bien, bastardo?

—Sí.
—Antes de morir, quiero que sepas que hemos jugado contigo.
—Ya lo sé.
—¿Cómo?
—Estoy enterado de todo.
—Sí, ¿eh?
—Tengo que felicitarte, Raymond. ¿A quién se le ocurrió la idea?
—A mí. Tú eras un tipo grande abriendo cajas fuertes y, además, habías perdido la memoria.
—Pero alguien os debió informar de eso.
—¿No adivinas quién?
Jimmy entrecerró los ojos.
—Sí, creo que ya lo sé.
—¿De veras?
—Cuando abrí la caja de caudales solo había en la oficina otra persona además de David Fletcher, justamente el hombre que después de muchos esfuerzos no consiguió abrirla. El contable, Albert Beecher.
—Qué listo eres.
—De modo que fue Albert quien os puso al corriente de mi habilidad con los dedos.
—Sí. También te vio un par de veces más abriéndola cuando no estaba tu patrón en la oficina. Eso le sirvió para convencerse de que eras un tipo grande, un verdadero mago. Lo demás ya te lo puedes imaginar.
—¿Era amigo tuyo Beecher?
—Sí, pero él no tomó parte en el asunto. Lo contó como una anécdota. Yo solo hice que llenarlo de *whisky* para que lo escupiese todo.
—¿Ha existido de verdad Mike Baynard?
—Desde luego, pero yo lo maté.
—¿Era un miembro de tu banda?
—Sí, muchacho. Hicimos muchos trabajos juntos, pero últimamente se echó a perder. Mike fue quien mató a aquel vigilante en nuestro asalto a Little Rock y también liquidó a Jonathan Francis en Miami, Mike Baynard se había echado mucho a perder, se había convertido en un peligro para nosotros, de modo que decidí darle el pasaporte.
—¿Dónde lo mataste?
Jimmy Nolan solo hacía que ganar tiempo. Sabía que cuando Raymond acabase su historia, daría orden de que lo matasen. Mientras estuviese hablando, él viviría.
—Lo liquidé en Chicago. ¿Y sabes dónde está él? En el fondo de un lago con una hermosa piedra al cuello… Sí muchacho. Nos vino muy bien todo eso para que ocupases su lugar. Mike sufrió algunas condenas de modo que si hubieses preguntado a la policía te habrán dado su prontuario.
—Y ahora me ha llegado el turno a mí.

—Te lo has buscado. No pensaba matarte. Después de todo, no tendrías más remedio que callar. En tu situación, nadie te habría escuchado.

—Puedes dejarme con vida en ese caso.

—No, ahora no. Además me vas a servir hasta el final.

—¿Qué quieres decir?

—Gracias a ti, he sabido hasta dónde iba a llegar Lina.

—Déjala aparte.

—Ella fue quien te alentó para hacer esto.

—Te equivocas. Yo lo hice por mí cuenta. Fui a la dirección falsa que me habías dado. Para ese entonces, yo ya sabía quién era.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me ayudó el hombre que me envíe al infierno en que viví durante un año.

—Bueno, a mí me importa un rábano todo eso, muchacho. Me ibas a traicionar con Lina y cada uno de vosotros va a tener su merecido.

—Yo en tu lugar no lo haría.

—No acostumbro a *correr riesgos* inútilmente. Descuida, chico. Tu cadáver nunca será encontrado —hizo una pausa y agregó sonriente—: Ni tampoco el de Lina.

Milton intervino. Todavía conservaba la pistola en la diestra.

—Él es cuenta mía, Raymond.

—¿Por qué?

—Tengo prioridad.

—Sí, ya sé que le tienes ganas. Está bien, Milton.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Debes estar chiflado, Milton. Desde el primer momento la tomaste conmigo, pero yo no era Mike Baynard.

Raymond explicó:

—Eso es lo bueno de Milton. Odiaba a Mike Baynard y lo ha seguido odiando después de muerto. Por eso, cuando tú ocupaste su lugar, Milton creyó ver en ti a un resucitado.

—Es lo que yo he dicho. Está para encerrarlo en una casa de salud.

—No digas eso —habló Milton, quedándose muy serio—. No lo digas ni en broma.

Jimmy se tocó los bolsillos de la chaqueta. No le habían dejado una sola arma.

Los dos negros, Jonás y Leslie, estaban junto a la puerta.

Raymond cortó la hemorragia de su labio inferior y guardó el pañuelo.

—¿Qué estamos esperando aquí? —preguntó Jimmy.

—He cambiado el plan —respondió Raymond—. Le dije a Lina que pasaría por ella pero antes le hice una llamada para que se llegase aquí. No tardará mucho.

Milton atrapó la valija donde estaba el cuarto de millón y la arrimó a la

pared.

—¿A dónde iremos, Raymond? ¿Lo has pensado ya?

—Sí. Iremos a California.

—Milton —dijo Jim—. ¿Sabes que Raymond también acabará contigo? No lo has pensado, ¿verdad?… Raymond jamás partirá un solo dólar con uno de sus cómplices.

—¡Cállate! —gritó Raymond.

—He descubierto tu plan, ¿eh?

Milton proyectó el maxilar inferior hacia adelante.

—Raymond me necesita.

—¿Para qué te necesita?

Milton quedó un momento sin habla. Sus ojos parpadearon. De pronto, miró a Raymond.

—¿Verdad que no harás conmigo eso?

—Pero, ¿cómo puedes hacerle caso? Naturalmente que no lo haré. ¡Métele una bala de una vez en el cuerpo y hazlo callar!

Milton se volvió con la pistola hacia Jimmy y este se dispuso a saltar, pero justo en ese momento, se oyó un timbrazo y todos permanecieron quietos.

—Es Lina —dijo Raymond—. Ábrele, Jonás.

El negro emitió mi gruñido de asentimiento y salió de la habitación.

Milton recuperó su buen humor.

—Prefiero esperar a que llegue Lina, Raymond. Será bueno verlos enfrentados.

—De acuerdo, muchacho. Esperaremos.

Oyeron como la puerta de la calle se abría y luego Lina y Jonás subieron la escalera.

Leslie abrió la puerta y Lina penetró en la estancia cubriéndose con un abrigo negro. Llevaba las manos en los bolsillos.

Jonás se detuvo detrás de ella.

Raymond fue hacia la joven.

—Hola, querida —la besó en la comisura de la boca y luego dijo—: Estás muy pálida, Lina, ¿qué te ocurre?

—¿Por qué está aquí Mike?

—Se le ocurrió gastamos una broma. Figúrate, pequeña. Se llegó a la casa por el botín.

—¿Cómo es posible si él no conocía la dirección?

—Alguien se la debió de dar.

Milton intervino riendo.

—¿Quién crees tú que la dio, Lina?

—¿Qué quieres decir, bastardo?

Milton fue a contestar pero Raymond lo interrumpió, haciendo un imperioso gesto con la mano.

Tras un largo silencio, Raymond dijo:

—Has sido tú, pequeña.

Sus ojos miraban fijamente a Lina.

Esta retrocedió.

—¿Qué dices, Raymond?

—Maldita, fuiste tú...

Raymond avanzó sobre ella.

—Pensé que estabas satisfecha conmigo... Creí que estarías orgullosa. He tenido muchas para elegir y tú fuiste la preferida... Me has engañado. ¿Lo oyes? Me has engañado. ¿Y sabes lo que voy a hacer ahora? Estrangularte con mis propias manos. Eso es lo que voy a hacer.

Lina sacó una pistola del bolsillo y disparó.

Raymond se tambaleó.

Jimmy salió al encuentro de Raymond cuando caía y lo atrapó por la espalda.

Milton se puso a disparar contra Lina. La joven, mientras recibía las balas en el estómago, apretó el gatillo, pero lo hizo alocadamente y sus proyectiles, en lugar de tomar la dirección donde estaba Milton, se sepultaron en la carne de Leslie.

Jimmy Nolan ya había atrapado la pistola que pertenecía a Raymond, pero siguió escudándose en este y envió plomo contra Milton.

La habitación se convirtió en un hervidero.

Todo terminó tan rápidamente como se había iniciado.

Jonas estaba en el rincón con las manos sobre la cabeza, los ojos espantados, al ver aquella escena.

Jimmy dejó a Raymond en el suelo.

Milton estaba muerto junto a los pies de la cama, los ojos fijos en el techo.

Raymond y Leslie, igualmente habían dejado de existir.

Jonás se dejó caer de rodillas asustado, lleno de temblores.

Lina dejó oír su voz moribunda.

—Mike...

Jimmy gateó hacia ella, pero no perdió de vista al negro; a quién apuntó la pistola.

Levantó la cabeza de la joven.

—Lo siento, Lina.

Ella sonrió. Por su boca escapaba un chorro de sangre.

—Tenía que ocurrir así... Hace tiempo que presentía este final. Lo malo es que uno no se puede apartar... Solo te quiero decir una cosa... Me enamoré de ti, Mike. Me enamoré de verdad... Llegué a pensar que contigo podría ser feliz... Nunca lo fui... Nunca...

De pronto se estremeció y dobló la cabeza, expirando.

CAPÍTULO XIII

David Fletcher oyó los pasos de Jimmy Nolan que descendía por la escalera.

Apareció el joven y quedóse mirando hacia la habitación donde había dormido durante aquel año en que no fue nadie.

—Estoy seguro de que no la echarás de menos —dijo David.

Jimmy se dirigió hacia él sonriendo.

—Te debo mucho, David.

—Al infierno con eso. No me debes nada.

—De vez en cuando pasaré por aquí para saludarte.

—Estarás muy atareado con esos inventos tuyos —David tomó el diario que había sobre la mesa—. Al fin, Thomas Marvin rectificó antes de morir. Hizo una confesión completa. Lo celebro por ti, muchacho. Reconocerán el invento que hasta ahora figuraba a nombre de Marvin.

—Todo será mucho más fácil ahora.

—Ah, se me olvidaba, hubo una llamada de la comisaría.

—¿El capitán Greene?

—Quiso darte las gracias por haber devuelto el dinero.

—Cuando llegué allí solo estaba el sargento Yogel. Se quedó un poco impresionado cuando le conté el asunto, pero luego, también él me dio la enhorabuena. Fletcher dio un suspiro.

—Bueno, es una historia inconcebible. ¿Sabes una cosa? Freddy me ha dicho que va a hacer un relato con tu aventura y que se lo va a vender a los de la televisión. Seguro que se la rechazan por demasiado fantástica.

Jimmy tomó la valija, con la mano izquierda y tendió la otra al hombre que había sido su jefe.

Cambiaron un fuerte apretón. Ambos estaban muy emocionados.

Fletcher pasó un brazo por los hombros del joven y ambos fueron hacia la puerta.

—La semana próxima se empezará a construir la nueva estación. Estará terminada en un par de meses.

—Vendré por aquí a verla, Fletcher.

Se oyó un chirrido y por la carretera apareció el "Jaguar" tripulado por Shirley Paterson. Se detuvo frente a la casa, y la joven saltó encaminándose al lugar donde estaban los dos hombres.

—¿Estás preparado, Jimmy?

—Sí.

Jimmy dejó la valija en el portaequipajes y ocupó el asiento delantero.

Shirley ya estaba ante el volante.

Jimmy volvió la cabeza y miró a Fletcher.

—Hasta pronto —le dijo.

De pronto, oyeron una carrera.

—¡Eh, espera, Jimmy!

Era Freddy.

—¿Qué pasa, Freddy?

—Acabo de abrir una caja... la vieja caja que el patrón retiró esta mañana... ¡También tengo habilidad para eso!

Fletcher atrapó al muchacho por la oreja.

—¿Sabes una cosa, Freddy? Ya estaba abierta.

Freddy miró a Jimmy con perplejidad y luego hizo un gesto de consuelo.

Shirley y Jimmy se echaron a reír, seguidamente, el “Jaguar” se puso en movimiento y fue hacia la carretera que conducía a Nueva York.

Fletcher, teniendo a Freddy al lado, hizo un último saludo con la mano.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

George H. White

JUGUETES DIABOLICOS



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1673 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 16 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 6-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Busó - Estrella, 188 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 16.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Tommy Steele

Nació en Londres en el año 1937, considerándosele el ídolo del "rock" en su patria. A pesar de su juventud a triunfado plenamente como actor-cantante de ritmos modernos, una de sus películas es "Tommy el toreador".





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain 1513